Benedicto XVI

# EL ESPÍRITU SANTO

en Pentecostés

PALABRA

**Joseph Ratzinger**
**Benedicto XVI**

# EL ESPÍRITU SANTO

en Pentecostés

PALABRA

Título original: Über den Heiligen Geist

Colección: Documentos MC
Director de la colección: Javier Martín Valbuena

© Libreria Editrice Vaticana, Rom
© Sankt Ulrich Verlag GmbH, Ausburg
© Ediciones Palabra, S.A., 2013
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es

Traducción de homilías de Joseph Ratzinger: María Xesús Bello Rivas
Traducción de homilías de Benedicto XVI: www.vatican.va

Diseño de cubierta: Raúl Ostos
Edición en epub: José Manuel Carrión
Fotografía de portada: © Corbis
ISBN: 978-84-9840-863-8

Todos los derechos reservados.
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

# NOTA DEL EDITOR

La presente edición se completa con todas las homilías pronunciadas por el Papa Benedicto XVI en la solemnidad de Pentecostés a lo largo de su pontificado (2005-2013).

Los títulos de todos los capítulos son de la Editorial.

Javier Martín Valbuena

# PRÓLOGO

La cuestión del Espíritu Santo está muy presente en la Teología contemporánea. El redescubrimiento del tema de la «Creación» remite por sí mismo al Espíritu que «en el principio» flotaba sobre las aguas. Así, el Espíritu es considerado tormenta, principio dinámico que rompe los reglamentos demasiado fijos de la Iglesia y del mundo, y que luego sopla «donde quiere» (*Jn* 3, 8). No solo se confronta al Espíritu con los reglamentos de la Iglesia, sino también con esa Cristología criticada como Cristomonismo –exclusividad de la persona divina de Cristo–. En la Teología de las religiones se está propagando la tesis de que habría, junto a la Historia de la salvación certificada por Cristo, una segunda alianza de la historia divina con los hombres, la historia de una actuación divina por medio del Espíritu Santo que se expresaría en las diversas religiones del mundo. Estas religiones surgirían de este modo como propio espacio de revelación junto al espacio de la fe manifestado por la Biblia.

A pesar de estas teorías –que desean otorgar al Espíritu Santo un perfil propio junto a la figura de Cristo–, en la Revelación se habla del Espíritu Santo de una manera extrañamente indeterminada y vaga. ¿O serán incluso esas teorías las que hacen del Espíritu Santo principio de lo indeterminado, de lo vago? Mis deberes de evangelizador me han obligado a preguntarme qué es lo que puede decir un predicador de la fe católica sobre el Espíritu Santo siguiendo a la Escritura y a la Tradición. En concreto y, sobre todo, en el sentido de que lo dicho no se quede en teoría teológica, sino que más bien alcance un significado para la entera vida cristiana. Estas homilías de Pentecostés que presento aquí no pueden, ni quieren, suplantar a un tratado teológico sobre el Espíritu Santo. Son sermones que intentan iluminar algunos aspectos de la fe en el Espíritu Santo relacionándolos con nuestras vidas. Es cierto que se trata de una colección muy incompleta de fragmentos, pero espero que sea de utilidad, tanto para predicadores como, sobre todo, para los «oyentes de la Palabra».

Todos los sermones –excepto «Espíritu y Fuego – Libertad y Vínculo», del sábado de Pentecostés– están basados en las lecturas del domingo de Pentecostés (*Hch* 2, 1–11, *1 Co* 12, 3b–7, 12–13, *Jn* 20, 19–23), por lo que es inevitable que haya repeticiones. Tengo la esperanza, sin embargo, de haber extraído del tesoro de la fe, como un buen padre de familia, junto a lo viejo y repetido, cosas nuevas (cfr. *Mt* 13, 52).

Deseo que esta predicación, con toda su imperfección, sirva para alcanzar un conocimiento más profundo del Dios uno y trino.

*Roma, en la Fiesta de la Anunciación, 2004*
Joseph Cardenal Ratzinger

PRIMERA PARTE

# ¡VEN, ESPÍRITU SANTO!

# I. EL CREDO DE LA IGLESIA Y EL ESPÍRITU SANTO*

La gracia de Pentecostés da respuesta a una pregunta que se ha convertido en nuestro tiempo, casi, en un problema de supervivencia. Pentecostés es la fiesta de la unión, de la comprensión, de la coexistencia de los hombres. Vivimos en una época en la que nos acercamos cada vez más, en la que las distancias en el mundo se diluyen por carecer casi de importancia y, sin embargo, al mismo tiempo, el entendimiento entre las personas se hace siempre más complicado. El primero, segundo y tercer mundo se enfrentan entre sí. Las generaciones se enfrentan entre sí; en la vida cotidiana nos damos cuenta de que la gente se vuelve cada vez más agresiva, huraña e incómoda consigo misma, de que el entendimiento se hace cada vez más difícil. ¿Cómo lograr esa unidad que tanto necesitamos? ¿Y de dónde viene el hecho de que estemos tan enfrentados?

Las narraciones pentecostales de la Sagrada Escritura dejan entrever el antecedente de la historia milenaria sobre la construcción de la torre babilónica. La historia de aquel reino que había alcanzado tanto poder que la gente llegó a creer que no necesitaba de la ayuda de dioses lejanos, sino que era lo suficientemente poderosa para construir por sí misma un camino hasta el cielo; para incluso abrir por sí misma la puerta, para convertirse en dioses y para establecer la vida celestial. Y, entonces, sucede algo extraño. Mientras van construyendo juntos de este modo, de repente, comienzan a construir unos contra otros. Y, mientras intentan ser dioses, corren el peligro de no ser siquiera hombres porque se desmorona la habilidad del entendimiento mutuo.

Hasta hace algunas décadas, podíamos pensar que se trataba de un viejo mito oriental en el que es difícil dilucidar lo que hay en él de cierto. Hoy sabemos que es verídico porque sigue ocurriendo entre nosotros. Y es que, gracias al avance de la ciencia y la tecnología, hemos accedido a un poder sobre el mundo hasta en sus componentes más delicados. Poder para reconstruir el mundo y rediseñar al hombre. Por eso parece anticuado rezar a Dios, que está tan lejos, pudiendo nosotros mismos producir lo que queremos; solo necesitamos poner manos a la obra para construirnos el paraíso, ese mundo mejor de completa libertad y goce ilimitado. Y volvemos a revivirlo: cuanto mayor es el lenguaje en común, la información en común, la forma de vivir en común, menos nos entendemos. Surge una crueldad inédita entre las personas; surge desconfianza, surge sospecha, de los unos contra los otros. Es suficiente seguir las noticias, observar la vida cotidiana, para sentirlo. ¿A qué viene esto? ¿Cómo puede lograrse la unidad?

La Sagrada Escritura da la respuesta: solo podrá tener lugar por medio de un nuevo espíritu que se nos otorgue, que nos done un corazón nuevo y un idioma nuevo. Pero

ante esto se plantea de inmediato la cuestión práctica: ¿de dónde ha de venir ese espíritu?, ¿cómo se le puede recibir?, ¿cómo reconocerlo?

San Pablo nos ofrece en la primera lectura, de la *Carta a los Corintios,* una respuesta increíblemente sencilla y práctica. Tan práctica, que nos vuelve a parecer demasiado simple. Nos pasa como a Naamán, el sirio, a quien le dijeron que bastaba con que se bañara en el Jordán para curarse de la lepra. Le resultó demasiado simple. Y es que la curación no podía ser tan fácil. De modo parecido nos resistimos ante esta respuesta, porque Pablo nos dice que el Espíritu Santo no *fabrica* nada. Las nuevas palabras que nos pone el Espíritu sobre la lengua, esa lengua de fuego que nos da y que transforma el corazón, son simplemente: *Jesús es el Señor*. Estas son las nuevas palabras que superan las divisiones y que unen a los hombres. Para comprender esta simple pero inconmensurable exigencia, que surge de estas palabras, ciertamente necesitamos profundizar. En primer lugar, debemos ser conscientes de que Pablo, aquí, simplemente cita el Credo de la Iglesia. Quiere decirnos: lo importante del Espíritu Santo no son unas sacudidas entusiastas, que las hay también entre los paganos. En el versículo 2 previo había recordado a los Corintios el tiempo en que eran conducidos a los «ídolos mudos» y donde experimentaban toda clase de entusiasmos y éxtasis. El Espíritu Santo –así nos lo hace entender san Pablo– no juega con entusiasmos, es muy sobrio. La nueva palabra que nos da consiste en la humildad de la profesión de fe de la Iglesia. Se funda en la simplicidad del corazón que no es suficientemente grande para acceder a la fe común que se extiende sobre los siglos y los continentes, guiando a los hombres desde la propia interioridad y hacia los otros. La voz del Espíritu Santo es la profesión de la fe común de la verdadera Iglesia católica extendida por el mundo entero.

Reflexionando, junto con san Pablo, debemos dar un paso más y preguntarnos acerca del contenido de esa profesión que construye la Iglesia y sin la cual esta no existiría. Ese contenido es: *Jesús es el Señor*. «Señor» es la denominación del Antiguo Testamento utilizada durante la lectura de la Biblia en lugar del nombre impronunciable de Dios. De este modo, esta frase establece un compromiso con la divinidad de Jesucristo hombre. Y, de hecho, todo en el mundo, y en nuestra vida, es diferente si esto es verdad. Si Dios ha entrado, en Cristo, en el mundo, ya no existirá la eterna incertidumbre de si Dios existe, cómo existe, sobre lo que quiere de nosotros, de si el mundo y la vida tienen un significado, si son un camino. Entonces se habrán abierto las puertas, estará señalado el camino, porque hay una respuesta por la que todas las cosas aguardan: *Jesús es el Señor*. Esto solo lo puede decir quien se encomienda al reino de Jesús. Quien entra en su medida. Quien se deja moldear por Él desde dentro. Quien está preparado para ir con él y seguirlo. Unas palabras semejantes –«*Jesús es el Señor*», la medida, la forma de mi existencia– no se pueden pronunciar solo con la lengua; precisan de la persona entera; nos obligan a renunciar a nuestra propia magnificencia, conduciéndonos el uno hacia el otro. Porque, al fin y al cabo, si todos nosotros dejamos de vivir según nos parece, viviendo en Aquel que nos precede, viviendo en Aquel que nos amó hasta la muerte, entonces viviremos en verdadera comunicación mutua.

Y así se hace visible por qué Babilonia es Babilonia, y por qué Pentecostés es Pentecostés. Cuando los hombres quieren ser dioses, solo pueden estar enfrentados. Cuando, en cambio, se introducen en el núcleo, en la Verdad del mismo Dios, entonces entran en el Espíritu que es portador del espíritu de todos ellos y que por eso puede unirlos a todos realmente. Solo hay un Señor que puede en verdad reclamarlos a todos sin destruir la libertad de nadie, uniéndonos: Aquel que es hombre y Dios al mismo tiempo. Es así como se abre la relación entre Cristo y el Espíritu Santo. La celebración de Pentecostés se dirige a la Trinidad. El Espíritu no se pone a hacer cualquier cosa. Es sobrio y nos ofrece el reino de Jesucristo. Pero seguir a Jesucristo no significa atarse a uno solo, sino abrirse a la amplitud de la Verdad. Seguirlo a Él significa estar realmente abiertos y libres mental y espiritualmente, ser realmente persona: imagen y semejanza de Dios.

Pidamos, ahora, al Espíritu Creador que ha fundado la Iglesia, junto con los creyentes de todos los tiempos: Ven, Espíritu Creador, renuévanos a nosotros y a esta Tierra. Amén.

---

* Catedral de Munich, 29-V-1977.

# II. EL ESPÍRITU SANTO
# EN EL VIENTO IMPETUOSO Y EL FUEGO*

El Espíritu Santo vino sobre los discípulos cuando se hallaban reunidos en un lugar, según nos dice la lectura de los *Hechos de los Apóstoles* que acabamos de escuchar. Quiere decirnos, también, algo acerca de la condición de su llegada y, al mismo tiempo, acerca de los signos de su proximidad.

Si leemos el conjunto de la narración, aprendemos más sobre él. En el texto se nos dice que Jesús, antes de su despedida, encargó a sus discípulos que, inicialmente, no emprendiesen nada en solitario, sino que permaneciesen juntos esperando el don del Espíritu Santo. Y así se reunió un pequeño grupo de creyentes, junto con María y los apóstoles que, tras la elección de Matías, eran de nuevo doce. Sabían que la unidad, la armonía, eran requisito previo para Pentecostés. Y reconocieron también que el requisito previo para la armonía era la oración. Porque solo la oración, y no una refinada psicotecnia, puede descubrirnos cada recoveco del alma, cuando entra en contacto con los demás, en el trato mutuo, en la paz y la unidad. La armonía es el requisito para el don del Espíritu, y la oración es requisito para la armonía. Pero también es necesario permanecer abiertos al Señor, tal como oímos. Y justamente en esto es donde, según mi opinión, tiene que aprender la Iglesia desde cero.

Hay mucha actividad en la Iglesia de hoy. Existe un empeño que lleva a las personas hasta el límite de sus fuerzas y, a veces, más allá. Pero apenas se hace un alto, en silencio, ante la Palabra de Dios, en la que se desbloqueen nuestra voluntad y nuestra actividad haciéndose así libres y fructíferas. Ciertamente, el Señor precisa de nuestra actividad y entrega. Pero nosotros necesitamos de su presencia. Tenemos que volver a saber del valor de la inactividad, para así reaprender la humildad de la espera por la Palabra. Muy a menudo, sería más efectiva una única hora de escucha silenciosa en la Palabra de Dios que todos esos coloquios, reuniones y discusiones. Y un instante de oración sería más fructífero que tantos montones de papeles. A veces se tiene la impresión de que detrás de esa actividad febril exagerada se esconde la desconfianza ante el poder de Dios y, tras la multiplicación de nuestras obras, una parálisis de nuestra fe, ya que, al final, solo confiamos en lo que logramos y realizamos nosotros mismos. Pero no solo logramos algo a través de aquello que hacemos, sino también, y no en menor medida, a través de lo que somos: si maduramos, nos liberamos y somos sinceros hundiendo nuestro ser en las silenciosas y fructíferas raíces del Señor.

El Espíritu Santo se presenta, en la lectura de hoy, bajo dos imágenes: la del viento impetuoso y la del fuego. La tempestad es, sobre todo, expresión de poder para el mundo antiguo, un signo del poder divino que gira alrededor del mundo y mueve las estrellas

como si fueran granitos de arena. Pero esa imagen de la tempestad oculta un segundo pensamiento. Ella es, también, expresión de uno de los cuatro elementos vitales: el elemento del aire que diferencia nuestra Tierra del resto de astros haciéndola estrella de la vida. Solo allí donde hay aire tendrán sentido los pulmones. Solo allí donde esté presente se podrá respirar. Lo que significa ese elemento misterioso para la vida biológica, lo significa el santo, el Espíritu Santo, para todo espíritu. Solo donde se respire este, se puede ser humano, puede surgir humanidad. Leemos mucho hoy en día en los periódicos sobre la contaminación ambiental producida por nuestra civilización. Y en las zonas urbanas, sin necesidad de leer sobre ello, sabemos por propia experiencia que junto al elemento vital del aire también inhalamos toxinas que destruyen la vida. Pero, en cambio, no hablamos de la contaminación espiritual que destruye la atmósfera en la que vive el espíritu. Y eso que el envenenamiento de corazón y espíritu que se produce por esa contaminación ambiental del alma es mucho más alarmante que las enfermedades producidas por la contaminación física del aire. En un viaje de Confirmación me contaron que en ese lugar una tercera parte de los niños estaban perturbados porque no podían respirar amor, el elemento primario que necesita el hombre para crecer y existir. Que en el mundo occidental se muestren películas llenas de violencia y desprecio por el ser humano con toda normalidad es señal de lo mucho que nos hemos habituado a tratar a las personas como heces, a burlarnos de su dignidad, pisoteándola. Diremos: a eso se le llama libertad. Pero, aunque mostrar la maldad y cómo se pisotea la dignidad del hombre nos parezca normal y se haya hecho habitual, aunque nos parapetemos tras todo tipo de excusas ideológicas, no cambia nada del hecho de que con todo ello se envenena el aire espiritual en el que tenemos que respirar. En verdad, donde no se protege, desde la convicción, la dignidad del individuo contra tales abusos, las prohibiciones no tendrán sentido alguno. Con más razón tendremos, como cristianos, que asumir el encargo de buscar el aire puro del Espíritu Santo, enfrentarnos a la contaminación espiritual y crear en la comunidad de creyentes oasis de respiración y alivio para el corazón y el alma.

La segunda imagen del Espíritu Santo en nuestra lectura es la del fuego. Así como aparecía el aire en el Mundo Antiguo como un elemento primario para la vida, aparecía el fuego como el elemento sobre el que se basa la cultura, esto es, la condición previa para que podamos nosotros mismos cultivar, formar y proyectar la Tierra. El fuego es luz, calor, dinámica que puede transformar. Pero también es al mismo tiempo elemento de destrucción, de ruina, cuando está fuera de control. En el mundo antiguo se le tenía por parte del sol, elemento de los dioses. Del hecho de que el hombre pueda disponer de él proviene el que se le vea como semejante a Dios. El mundo griego creó el mito de Prometeo, el que se enfrenta a los dioses y trae a la tierra el fuego del cielo, iniciando con ello un nuevo mundo. Goethe vertió este Pathos, con emocionantes palabras, en su poema de Prometeo: «Aquí estoy yo, dando forma a una raza según mi imagen. Unos hombres que sean iguales a mí para sufrir, llorar, gozar y alegrarse. ¡Y que no te respeten! ¡Igual que yo!».

Este es prácticamente el programa de la era moderna: querer ser, no imagen de Dios, sino solo nuestra propia imagen; arrogarnos el poder sobre el mundo, sin prestar atención

al poder de Dios y sin esperar nada de Él. Pero ahora que hemos sido capaces de arrancar el fuego del cielo, de las profundidades, de la materia del átomo, comienza la cuestión de si no quemaremos con ello la Tierra, si este elemento de la cultura y la creatividad no se transformará en nuestras manos en elemento de destrucción y aniquilación.

Pentecostés nos dice que el Espíritu Santo es fuego y que Cristo es el verdadero Prometeo, el que cogió el fuego del cielo. Sí, el hombre debe tener fuego, no debe languidecer en una aburrida existencia, ha sido creado para parecerse a Dios, pero ese fuego como fuerza de Salvación no la trae el Titán que echa a Dios a un lado, sino el Hijo que ofrece ese fuego del Amor derribando con él los muros de la hostilidad, permitiendo que el fuego sea fuerza de transformación, del Amor y de un nuevo mundo. El cristianismo es fuego. No es un asunto aburrido, no es una verborrea piadosa con la que nos podemos enganchar a cualquier vagón para seguir tomando parte. El cristianismo exige de nosotros la pasión de la fe que reposa en la pasión por Cristo y que renueva el mundo.

Extraigamos aún algo más de las imágenes y pensamientos de las lecturas del día de hoy: el Espíritu Santo vence el miedo. Los discípulos –tal como escuchamos en el Evangelio– todavía se escondían, detrás de las puertas cerradas, de los judíos que habían crucificado a su Señor y por los que también podrían ser detenidos y ejecutados. Estos discípulos salen sin miedo y anuncian la buena nueva de Cristo, el crucificado, porque se saben en las manos del más poderoso. Un sacerdote que pudo pasar un tiempo en África, en un territorio que apenas estaba en contacto con el cristianismo y la civilización europea, me contó que lo más conmovedor y turbulento de esa experiencia había sido el terror paralizante que dominaba la vida entera de esas personas, la marca *per sé* del paganismo, donde no ha aparecido el Dios único. Tienen miedo de los espíritus de los muertos, miedo de los espíritus desconocidos, de lo impredecible de los espíritus conocidos. La vida por entero es un cálculo del miedo, de la habilidad para huir de los poderes siniestros ante los que el hombre se enfrenta casi sin armas. El Espíritu Santo vence el miedo. El mundo del Espíritu Santo no está marcado por espíritus y poderes desconocidos, sino por el Espíritu que es Amor y, como Amor, es omnipotencia. Por eso es la ausencia de miedo el signo del Espíritu Santo, quien nos pone en las manos de una Omnipotencia de amor. Y por eso la fe, si es sana, podrá enfrentarse también, sin miedo, a los poderes mundanos, porque se sabe guiada y protegida por quien, como el más fuerte, ató al fuerte (cfr. *Mc* 3, 27). Y no es que, como se suele plantear, la razón pura y la mera intrepidez se eleven sobre un mundo que ha eliminado la fe. Donde desaparece la fe, el hombre deberá comenzar de nuevo a temer a los poderes desconocidos, al destino, al futuro, a la naturaleza que él no puede conjurar, pero sí Aquel que ha creado todo, sosteniéndolo en sus manos.

Así, pidamos en este día de Pentecostés que venga a nosotros el Espíritu Santo y que renueve la faz de la Tierra. Amén.

* Catedral de Munich, 14-V-1978.

# III. EL ESPÍRITU DE PERDÓN*

En el evangelio que acabamos de oír nos encontramos con la imagen de Pentecostés de san Juan con la que aclara y profundiza la narración de Pentecostés de los *Hechos de los Apóstoles*. El Señor resucitado, que participa de la libertad del Espíritu Santo, se presenta a sus discípulos atravesando puertas cerradas: el Espíritu sopla donde quiere (*Jn* 3, 8). Y la Palabra de Dios no está presa. Así que este Evangelio es en primer lugar un mensaje de esperanza en un mundo en el que siempre se le cierran las puertas al Señor, en un siglo de mártires en el que el espíritu de la época y el poder levantan muros y colocan candados y rejas a la palabra de Dios más que nunca antes. Pero la Palabra de Dios es libre. Ha conservado el poder de seguir atravesando puertas cerradas, de hacer saltar candados y arrancar grilletes. Podemos ver cómo donde imperó el ateísmo como doctrina de Estado durante medio siglo, y donde se movilizaron todas las posibilidades de la dictadura moderna para defenderse de la entrada del Espíritu de Dios, ahí precisamente ha irrumpido entre los jóvenes de nuevo la cuestión de Dios. Vemos cómo el Señor penetra a través de puertas cerradas con fuerza y cómo vuelve a tender las manos y mostrar el costado para que lo toquen y así puedan tocar una vida diferente y nueva.

El Espíritu sopla donde quiere. Estas palabras y esta realidad plena de esperanza deberán, nuevamente en Pentecostés, arrancarnos de nuestro letargo, de nuestro miedo y de nuestra pusilanimidad. Estamos en verdad marcados por el temor de que el poder de ese Espíritu quizá no alcance hasta el final del siglo XXI, que se pueda estar apagando. Y, como los apóstoles de entonces, también nosotros protestamos ante el Señor porque hemos sufrido la oscuridad una noche entera, una década entera e incluso más, sin haber pescado nada. Pero, como entonces, Él puede transformar el fracaso en bendición (cfr. *Jn* 21, 1-14). Puede entrar donde quiera, incluso a través de nuestras puertas de engreída sabihondez y de nuestro esnobismo. Quizá no entre allí a donde creemos deber guiarlo con papeles y decisiones. Él puede entrar, y entra, donde quiere.

El Espíritu sopla donde quiere. Debemos escuchar también, por una vez, esta frase, marcándola con todos los elementos. Quiere también decir: El Espíritu sopla donde *Él* quiere, y no donde nosotros deseamos. Porque la libertad del Espíritu Santo para derribar muros y puertas y de soplar allí donde los hombres no cuentan con Él, esa libertad no es canonización del azar ni dogmatización de la arbitrariedad. El Espíritu Santo no es el espíritu del mundo ni tampoco nuestro espíritu, sino el Espíritu de Dios, el Espíritu de Jesucristo. Y donde se precisa de su libertad como adorno para capricho propio, entonces se puede suponer con bastante certeza que aquello que está soplando no es el Espíritu Santo.

El Espíritu sopla donde quiere. El evangelio de hoy nos expone ambas partes de esta frase. Por un lado, que el Espíritu penetra también allí donde los hombres intentan excluirlo y, por otro, que sopla allí, y solo allí, donde está el lugar de su voluntad. Sopla como aliento de Jesucristo. El Señor echa su aliento sobre sus discípulos y esta es la gracia del Espíritu Santo (*Jn* 20 y ss.). El Espíritu Santo viene a través de Cristo ya que Él es la presencia de la Voluntad divina: el Espíritu es el aliento de Cristo y estaremos en el espacio del Espíritu si estamos en el espacio del aliento de Jesús. Tras esta maravillosa imagen brilla el cuadro de la Creación. Dios creó al hombre modelando arcilla, pero no se convirtió en ser vivo hasta que Dios –tal como apunta la Biblia– le echó su aliento sobre la nariz (*Gn* 2, 7).

Pero con ello no ha terminado la creación del hombre. Para que este pueda vivir como criatura espiritual no basta que funcionen sus órganos ni que su mente esté en orden. Los pulmones solo le sirven a la persona cuando existe el aire que precisan para respirar. Del mismo modo, el hombre podrá vivir como criatura espiritual si está rodeado del aire espiritual que le permite vivir, si hay una verdad con sentido, sensata, buena. Cuando existe un amor verdadero. El hombre solo estará redimido en esta segunda Creación. La Redención justifica y da sentido a la Creación. Solo cuando esta está presente, una atmósfera en la que hay verdad, y una verdad bondadosa, y Amor que es verdad, podrá el hombre estar conforme con la existencia. Solo así podrá decir: sí, está bien estar vivo. Estoy contento de estar aquí. Solo en ese soplo de Verdad se culmina la Creación, se redime. Y así es el aliento de Jesucristo crucificado, a través del que nos llega definitivamente la Verdad auténtica, nuestra justificación y nuestra salvación. Esa Verdad auténtica es el viento fresco, aire puro, que necesita el hombre para respirar espiritual y corporalmente. El Cristo resucitado nos hace llegar el aliento de la vida. Por tanto respiramos el aire que necesitamos para vivir si estamos en su espacio, si vivimos en la fe de la resurrección. Así, dice san Pablo: en el Espíritu Santo decimos: Jesús es el Señor (cfr. *1 Co* 12, 3). La confesión del Resucitado, son las nuevas lenguas que nos da el Espíritu, el nuevo viento que nos deja vivir. Corresponde más a esa confesión, por supuesto, que a las lenguas. Se necesitan la razón y el corazón, con el que tocamos a Jesús desde el interior y nos dejamos tocar por Él.

Si ahora volvemos a mirar al Evangelio, nos percatamos de un segundo detalle que quizá nos sorprenda, incluso, más. El Espíritu de Pentecostés que otorga el Señor posee el poder del perdonar (*Jn* 20, 23). El fruto de la Cruz es el perdón. El Espíritu Santo es un espíritu de perdón y por eso son los dos sacramentos del perdón, el Bautismo y la Penitencia, los verdaderos fundamentos de la Iglesia, la gracia de Pentecostés con la cual establece y construye el Espíritu Santo la Iglesia. No nos agrada escuchar esto. El Bautismo lo reducimos un poco al folclore y la Penitencia al anonimato, a lo colectivo, si es que lo damos por válido. Y esto no es causal. La obtención del perdón exige de una humildad que no nos resulta fácil. Exige admitir que hay pecado, que *soy* pecador. Es cierto que en nuestra época se confiesan fácilmente errores, fallos técnicos que se pueden perfeccionar, y se tiene ansia por declarar los pecados de los demás, sobre todo los de generaciones pasadas. Pero, en el fondo, no son más que mecanismos de elusión por

medio de los que alejamos de nosotros el pecado. Y la «locura de la inocencia» en la que vive esta época, en la que sufre, permanece intacta. Pero donde el conocimiento reprime la culpa y donde pretende que el perdón ya no es necesario, acontecen peligros, devastadores con las personas. Solo quien cree en Dios puede creer en el perdón. Y solo quien cree en el perdón puede confesar el pecado. Pero estos tres aspectos se han relajado entre nosotros. Como Dios está lejano, no creemos en el perdón y por ello tampoco podemos admitir el pecado. Porque el hombre que no puede esperar el perdón de un poder verdaderamente válido y transformador tendrá que acabar por negar también la norma que lo mide a él, porque no puede vivir permanentemente con una culpa irreparable. No se puede. Para eliminar la culpa, si no existe el perdón, el hombre tendrá que negar las normas. La consecuencia de ello es que uno se tome como medida para sí mismo. Pero, si cada uno es medida de sí mismo, el resultado es que el hombre cae en la arbitrariedad vacía, en la mezquindad. Ya no hay una escala ni una meta para nosotros. Ninguna voluntad por encima de nosotros a quien le importemos. De este modo surge realmente en el hombre sin normas, arrogante, todo el autoodio del que busca escapar. El hombre para el que nada tiene significado no puede más que despreciarse a sí mismo. Y toda esa huida que hoy conocemos: drogas, alcohol, suicidio proviene finalmente de ese autoodio que marca nuestro tiempo y que es la raíz de todas las enfermedades. El hombre ya no se gusta porque ya no vale nada, se caricaturiza como mono desnudo, como alborotador de la naturaleza, se escupe y avergüenza de sí mismo. Y así es como sigue esclavizándose en la mentira. Niega la norma y la propia mentira lo viola a él hasta que en verdad no puede respirar más ni vivir más como persona. Solo la Verdad podría liberarlo. Pero solamente podrá aceptar la Verdad –su culpa– si existe el perdón. Y por eso es el espíritu del perdón al mismo tiempo el espíritu de la Verdad y de la Libertad. Nos concede la libertad de elegir la Verdad y de ser Verdad. El perdón es la auténtica liberación. Permanece en nuestro tiempo, aunque no reconocido, detrás de cada grito por la libertad; y se le esconde a propósito, aun siendo realmente lo único necesario: el Espíritu pentecostal que nos permite vivir como personas.

Pero aún se esconde un tercer punto en el Evangelio de hoy. El Señor da a los discípulos la Penitencia con plenos poderes para perdonar los pecados. Esto significa: el Espíritu Santo construye Iglesia, y a esa Iglesia pertenece, desde el principio, el pleno poder de los apóstoles y de sus sucesores. Parte de esa Iglesia es el orden y es justamente así como es espacio de libertad. Por medio de esos plenos poderes, el Señor, por decirlo de algún modo, permanece Él mismo en la nave de la Iglesia. Él no ha entregado la fe a los interminables debates de los sabios ni la Iglesia al poder organizativo de la gente. Partiendo de esto podemos comprender también qué es lo que se entiende por «infalibilidad». Significa que no dependemos del humilde semáforo de nuestro sentido común, sino que el Señor nos ha dejado una luz de mayor tamaño. Significa que no tenemos que vivir quedando a solas con las suposiciones de la razón humana; que no tenemos que salir solos de la ciénaga, montados sobre nuestro caballo, como hiciera Münchhausen, sino que, en última instancia, Él mismo protege e interpreta su palabra. Significa que estamos sobre una certeza que solo Él puede dar. Solo una certeza

semejante es el fundamento sobre el que se puede vivir y sobre el que se puede morir. Por eso dijo el Santo Padre (Juan Pablo II), en su primera encíclica, que esa infalibilidad –la fiabilidad con la que el Señor mismo sustenta la palabra en la Iglesia– es la gracia que dejó el Señor resucitado de la cruz a su novia, la Iglesia, como expresión de su lealtad. Cristo no se va dejándonos solos. No nos deja huérfanos (*Jn* 14, 18). Él mismo se queda, sustentando la Palabra. El ministerio de la Iglesia consiste en evitar la devaluación de la fe en nuestra pequeñez humana y depositarla en las manos del Señor, quien nos la dona como certeza permanente y verdadera. Es así como nos da el aliento de la Verdad, el que nos permite vivir.

El pasaje: «Cuando los discípulos vieron al Señor, se regocijaron» (*Jn* 20, 20) me parece el más hermoso del evangelio de hoy. Es una frase muy humana. El amigo perdido está aquí de nuevo y los que antes estaban apesadumbrados se alegran. Pero la frase va más allá. Pues ese amigo perdido no sale de un sitio cualquiera, sino de la noche de la Muerte. Y Él la ha atravesado. Y Él no es uno cualquiera, sino que el amigo es, al mismo tiempo, la Verdad que hace vivir al hombre: el Amor que lo sostiene y lo lleva de manera irrevocable. Por eso Él aproxima no una alegría cualquiera, sino *la* Alegría misma, la gracia del Espíritu Santo. Sí, es hermoso vivir porque soy amado. Y la Verdad es que me ama. Cuando los discípulos vieron al Señor, se regocijaron. Esta frase se nos asigna hoy, día de Pentecostés, también a nosotros. Porque en la fe podemos verlo. En la fe, Él viene donde estamos, mostrándonos también sus manos y el costado para que nos alegremos. Por eso, oremos: Señor, muéstrate a nosotros. Regálanos ver tu presencia. Y danos la más hermosa de las gracias, tu alegría. Amén.

---

* Catedral de Munich, 25-V-1980.

## IV. «EL SEÑOR ES EL ESPÍRITU»*
(*2 Co* 3, 17)

Dos efemérides importantes dan a la solemnidad de Pentecostés de este año un carácter propio: en el año 381 se formuló en el Concilio de Constantinopla el dogma del Espíritu Santo que sigue uniendo a los cristianos hasta el día de hoy, más allá de los muros de las divisiones. Después de duras controversias, la Iglesia, que amenazaba en romperse en partidos teológicos y políticos, reencontró en él su unidad. Cincuenta años más tarde, tuvo lugar un nuevo concilio en Éfeso donde se le confirió a María el título de Madre de Dios.

Preguntémonos en primer lugar: ¿Qué nos dice el dogma de fe acerca del Espíritu Santo? Se le describe como Señor y dador de vida. Primero, como Señor, esto indica que el hombre no puede proporcionarse su medio de subsistencia. No puede decidir por sí mismo lo que es bueno o malo para él. Encuentra en la Creación y en su conciencia la lengua de su creador, la lengua del espíritu dador de vida. Su libertad consiste en estar llamado a detectar trazas de la razón del Creador, a llenar la razón de la Creación en su propia razón. Tampoco la Iglesia se fundamenta a sí misma. Solo puede mantenerse unida si hay un fundamento que la precede y que a todos sustenta. «Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, y este es Jesucristo» (*1 Co* 3, 11). Ese fundamento solo nos lo puede dar, renovadamente, el Espíritu Santo. Donde los hombres quieren construir Iglesia por sí mismos, idear por sí mismos los modelos de sus vidas, se desmorona la Iglesia Universal, la Iglesia de todos los lugares y de todos los tiempos, en cerrados partidismos. «El Señor es el Espíritu», dice Pablo (*2 Co* 3, 17) en una fórmula de significado extenso. También se refiere a lo que dice nuestro Credo: El Espíritu es Señor. Si ha de haber una Iglesia, debemos entrar en la unidad existente por Él preparada, en la unidad de la fe de toda la Iglesia. En un espontáneo despertar en medio de una época de debates y papeles, se reabre en toda la Cristiandad mundial un nuevo sentir del poder del Espíritu Santo. En los círculos de oración se experimenta vivamente su efecto. Es verdad que hay ciertas exuberancias y algunos peligros. Pero es, con igual seguridad, una señal y una esperanza para nuestro tiempo. El Señor no abandona a la Iglesia. El Espíritu no deja de actuar. La oración común, en unidad con toda la Iglesia, es el camino más seguro para la unidad y la vida.

Con esto, ya hemos tenido en cuenta, de hecho, la otra declaración de la profesión de fe: «Se le reza y adora junto con el Padre y el Hijo». Esta frase marca el centro de la sección sobre el Espíritu Santo. Quiere decir: en el núcleo está la adoración. Con esta frase se zanjó en aquel entonces, en el s. IV, el conflicto secesionista de la Iglesia. La adoración común a la Trinidad debería volver a unirnos también hoy. Sin oración, el mundo se reseca, se ahoga en sus invenciones y en su violencia. La oración es hoy más

importante que nunca. Es importante que no se trate solamente de una simple oración de petición, por mucho que estos tiempos nos obliguen a ello, sino también de una oración al Señor persistente, sencilla y humilde, que nos vivifique. Sí, el Señor da la vida. Nos da la base sobre la que se puede vivir y morir. Es la fuerza que nos ayuda a superar la muerte.

«Él habló a través de los profetas», lo que significa: Él no une solo los lugares, sino también los tiempos. Conduce las generaciones entre sí, porque Él es el Espíritu de los profetas y el Espíritu de la profecía, el Espíritu de la fe de entonces y el Espíritu de la esperanza del mañana. Viene del Padre y conduce al Padre. Con ello, también nos libera de nuestra reserva. Él no viene por sí mismo y no habla en nombre propio. Conduce a los hombres a esa libertad y apertura. Solo el que se pierde se encuentra.

Por último, debemos volver al segundo aniversario de este año. Al de la designación de María como Madre de Dios hace 1.550 años. Parecería que esto está muy lejos de todo lo que hemos considerado hasta ahora, pero fue el verdadero Pentecostés de la historia mundial cuando María dijo: «Hágase en mí según tu palabra» (*Lc* 1, 38). Porque la mayor obra del Espíritu Santo en la historia es la encarnación del Hijo de Dios. Ni siquiera el día mismo de Pentecostés consiguió traer algo más grande. Este día está profundamente unido a ese momento de Nazaret. Lo que comenzó entonces incluiría a partir de ese momento al mundo entero: Cristo quiere volver a renacer desde el hombre. Dios quiere ser hombre en nosotros. La historia de la humanidad debe ser la historia de su encarnación; Cristo se forma en nosotros, dice san Pablo (cfr. *Ga* 4, 19). Solo si la historia de la humanidad se hace historia de la encarnación del Hijo, podrá alcanzar su altura y librarse de precipitarse en la barbarie. Tampoco en nuestros tiempos nos resta esperanza de otro tipo. También en el s. XXI contamos con Cristo tomando forma en el mundo. Por eso la oración pentecostal de la Iglesia es una oración mariana: esto es, hágase en mí según tu palabra. Cuanto más profundamente nos adentramos en esa mentalidad, más esperanza habrá entre toda la oscuridad del mundo. Amén.

---

* Catedral de Freising, 7-VI-1981.

# V. ESPÍRITU DE LA VIDA
# ESPÍRITU CORPÓREO*

A través de la nueva ventana de Pentecostés de nuestra catedral, se ha hecho visible y presente el misterio de este día de una manera conmovedora. Por supuesto, quien mira apenas de forma superficial no reconocerá en ello nada de lo sucedido en Pentecostés. Encontrará solo la majestad casi amedrentadora y misteriosa del Dios eterno, del Creador y Padre. Pero deteniéndonos con más detalle ante la ventana, se hace reconocible que ese Dios no es solo una intocable majestad distante, sino que emana de Él un movimiento que es un abajamiento y un encuentro del amor, y que en ese descenso logra una comunidad que se eleva nuevamente, uniendo todo ello en el anillo del amor celestial. El Hijo desciende desde el Padre, y del Hijo, el Espíritu Santo, que baja sobre los hombres en lenguas de fuego. La imagen de las muchas llamas nos dice que el Espíritu se multiplica, pero siendo una unidad, se extiende, abarca a los apóstoles, y vuelve a ascender, alzando de nuevo a la Creación caída hacia la unidad del Dios creador y redentor.

En la dinámica de esta imagen está expuesta la realidad de este día –el secreto del Espíritu Santo–, al que no se le puede reconocer o ver por aislado. Quien, por decirlo así, quiera ser especialista en el Espíritu Santo, aislándolo, estudiándolo por separado, no lo llegará a ver. No lo podrá tocar con el alma, porque el Espíritu Santo solo vive en el ciclo del amor unitrino que es, al mismo tiempo, amor creador y transformador de lo creado. Un amor que solo está en ese gran movimiento, en esa relación mutua entre Padre, Hijo y Espíritu, y que, en su existencia de cara a la Creación, vislumbramos algo del misterio de su grandeza y de su cercanía. Lo esencial y fundamental que nos quiere decir esta ventana de Pentecostés se aclara escuchando las lecturas de este día. Pablo está hablando con los Corintios, que buscan una religión del Espíritu y que casi son adictos a nuevos y, a poder ser, sensacionales dones. Pero justamente por eso no pueden encontrar al Espíritu Santo, y luchan, celosos, entre ellos. Pablo les da una única y simple regla para poder diferenciar al Espíritu de Dios del mal espíritu de los hombres, del propio. La primera regla fundamental acabamos de oírla: «Nadie puede decir: Jesús es el Señor, excepto en el Espíritu Santo» (*1 Co* 12, 3). Esta frase: «Jesús es el Señor» es la forma básica de la profesión de fe de la Iglesia. Según el uso del lenguaje, la palabra hebrea «Señor» es la profesión de fe del ser divino de Jesucristo. El credo de la Iglesia no es sino el desarrollo de aquello que encierra esta única frase. Se conserva en todos sus desarrollos el mismo, el único Credo. A partir de esta profesión de la Iglesia, san Pablo nos dice ahora que es esta la única palabra y obra del Espíritu Santo. El Credo es al mismo tiempo la palabra que Él ha creado para que demos respuesta a la cuestión de Dios. Es el lugar donde habita. Si queremos acercarnos al Espíritu Santo, solo

necesitaremos entrar en este Credo. Estableciéndonos ahí, asumiéndolo como propio, permitiendo que este sea nuestra respuesta, es como penetramos en la morada y en la acción del Espíritu Santo. Detrás de ello reside la constancia de que el Espíritu, por su esencia, es la verdad. Y que la verdad es única. Que la verdad no separa, sino que une. Y es que su carácter es justo el de unir. El Espíritu nos da la verdad, que buscamos en vano. Ciertamente, podemos ver muchas cosas, pero ante lo fundamental, ante la cuestión de quiénes somos y, en lo más profundo, de quién es Dios y de cómo se comienza a ser hombre de verdad, ante esta pregunta crucial, estamos ciegos. No estamos en condiciones de planteárnosla. El individuo, o bien evita la pregunta acerca de la verdad, buscando vivir, sin más, en el éxito y en lo externo –hundiéndose de este modo en un vacío todavía mayor, porque nuestro ser está sediento de verdad–, o bien se consigue sus propias respuestas, respuestas que solo nos enfrentan cada vez más. El Espíritu Santo es la Verdad. En todo ello, no se trata de una cantidad de conocimientos que tengamos que tener. Se trata sobre todo de lo crucial, de lo que se dice en la profesión de fe de la Iglesia: Sobre quién es Dios. «Jesús es el Señor». Lo que significa: Dios es así. Este es su rostro. Dios se manifiesta en Jesús, dándonos con ello la verdad esencial, por medio del conocimiento de Dios, la verdad sobre nosotros mismos. Entrando en esa palabra, por Él creada, su palabra, se hace Pentecostés. Orando con el Credo, llevándolo luego, con el coro, a nuestros corazones, nos adentramos en lo que aconteció aquel primer día de Pentecostés: de la confusión de Pentecostés, de las voces entre sí contendientes, surge la unidad ante la multiplicidad, crece la comprensión desde el propio poder de la verdad. A través del Credo que nos une por elevación a lo largo del mundo entero, que nos hace entendernos en la diversidad de las lenguas gracias al Espíritu Santo, gracias a la fe, a la esperanza y al amor, se forma la nueva comunidad de la Iglesia de Dios.

San Juan amplió la misma perspectiva en una dirección algo diferente en el evangelio que acabamos de escuchar. Nos dice que Pentecostés comienza realmente ya en la Pascua, con el don del Señor resucitado. Su aliento, su hálito, es el aliento de Dios. El Espíritu Santo y la palabra que nos da con Él es el perdón. Con ello, vuelve a evidenciarse que el Espíritu es la Verdad, porque la Verdad consiste en que necesitamos del perdón. A largo plazo, solo puede haber una coexistencia unánime entre las personas si estamos bajo la gracia del perdón. La verdad es que somos culpables. Que somos pecadores y que solo podemos vivir si Dios es perdón, si en nosotros hay perdón. También estamos ante esta verdad, medio como conocedores, medio como ciegos. Un conocido psicólogo de nuestro tiempo ha hablado de «la incapacidad de guardar luto», de la incapacidad de arrepentimiento; que no son los otros ni las estructuras, sino que, en última instancia, somos nosotros los que no nos dejamos vivir. Sin embargo, solo podemos reconocer la verdad de la culpa –nuestro pecado– si llega a nosotros el perdón transformado del amor herido de Jesucristo. Este amor nos renueva. Y así podemos añadir algo más a las palabras del Espíritu: el «yo te absuelvo» es como el credo de la fe en Jesucristo, la palabra nueva con la cual el espíritu sigue renovando la tierra; el espacio de la transformación en la que nos introduce, en el que también hoy es Pentecostés.

Por último, podemos reunir ambas visiones, la paulina y la joanea, resumiéndolas en una fórmula simple y decir: el Espíritu Santo es el aliento de Jesucristo. Estaremos cerca del Espíritu Santo si vivimos cerca del aliento de Jesús. Aquí surge la conexión entre Creación y Redención: en un principio, el aliento de Dios creó hombres a partir del barro. El aliento de Jesucristo hace, a partir de hombres pegados al barro, encogidos en sí mismos, incapaces de alzarse, apóstoles, discípulos, hombres vivos en los que habitan la fe y el amor.

Por supuesto, si pensamos en lo que solemos imaginarnos acerca de lo que es Pentecostés, acerca de lo que pensamos que es el «Espíritu Santo», tendremos que decir que nuestros primeros pensamientos son diferentes. Imaginamos que una religión del Espíritu Santo debería ser una religión que solo brote del corazón. Nada de dogmas ni de mandamientos, ni organismos, ni jerarquías, sin burocracia ni administración. Una religión que solo es Espíritu y Verdad. Ese es el sueño que asociamos con Pentecostés: que el Espíritu acabe con todo eso y que nos guíe a la pura religión libre. Quien así piensa (y, en verdad, un poco lo hacemos todos), desconoce la esencia del ser humano, porque el hombre no es solo espíritu. También es cuerpo. La característica distintiva, el proyecto preciso de Dios para él, es que es espíritu en el cuerpo y cuerpo existente por el espíritu. Que en él vive la unidad de la creación. El espíritu atraviesa la materia, tomando algo de su fuerza, de su vitalidad y corpulencia. Y, a la inversa, el espíritu llena la materia haciendo que esta reluzca y destelle por la gracia del conocimiento. Por separado, el cuerpo no es más que simple masa y el espíritu, frío cálculo, mera funcionalidad. Esta división del mundo es la gran tentación y urgencia de nuestro tiempo. Porque estamos viviendo como si, por una parte, el cuerpo se tratara de una simple masa con la que ya se puede hacerse uno mismo, confeccionarlo, fabricarlo en un laboratorio, y al que también, en el momento que se precise, se puede eliminar, cuando ya no sirve. La ruptura del respeto profundo desde el inicio hasta el final de la vida humana muestra ese hundimiento del cuerpo en simple masa, porque la unidad ya no existe. Pero al mismo tiempo se muestra la degradación de ese espíritu que solo es cálculo y poder porque no es parte de la unidad que Dios le dio previamente. Ciertamente, Jesús dijo: «El Espíritu sopla donde quiere». Y así lo hace también. Sigue habiendo nuevas, inesperadas incursiones del Espíritu que aparece allí donde no se contaba con él y donde quizá no nos guste que lo haga. Hace algunos años, en un país nórdico, se hizo un cálculo minucioso desde los ámbitos de la psicología y sociología acerca de por qué no se podría dar nunca más un movimiento de renacimiento religioso. Poco después, tuvo lugar este. Como el Espíritu tiene Poder, también hoy sigue conduciendo a los hombres, de forma emocionante, a la luz de Jesucristo, por eso ocurre una y otra vez lo inesperado, lo aparentemente imposible. «El Espíritu sopla donde quiere». Pero esto no significa desorden y anarquía, porque el Señor añade: «El que no naciere de nuevo del agua y del Espíritu, no podrá entrar en el Reino de Dios» (*Jn* 3, 5). El Espíritu se transporta a través del agua, a través del manantial que fluye del costado herido, del corazón abierto de Jesús. Se muestra en la corporalidad de la Iglesia y sus sacramentos. El Señor, después de su muerte, no abandonó en la cruz su cuerpo, como algo que ya ha hecho su

trabajo, algo que se puede pudrir en la tumba porque ya no es importante. No, Él lo recogió, volvió a nosotros, mostrándonos que la materia está capacitada para Dios, capacitada para la Eternidad, que puede ser transformada y que Dios es la unidad de toda la realidad, justamente a través de la criatura humana. El Espíritu se nos da en los sacramentos. Por eso pronunció san Agustín la osada frase: «Uno tiene tanto Espíritu como amor tiene por la Iglesia». La Iglesia, en su verdad más profunda, no es administración y burocracia, que también debe haber, pero que no es lo real en ella. La Iglesia es respuesta al Credo. El sí de la fe. La Iglesia es la palabra del perdón. La Iglesia es adoración y gracia de los sacramentos en los que el Espíritu se sigue compartiendo, en persona, y Cristo es nuevo cuerpo entre nosotros a través del Espíritu. Nos gustaría huir del cuerpo porque vemos cuánto tiene este de barro, pero justo este es el drama del Espíritu Santo en el mundo, el drama de la Iglesia y nuestro drama: la lucha para que el barro se convierta en espíritu. Y no huyendo del barro es como nos convertimos en espíritu, no es este el modo de espiritualizar la Iglesia, de renovarla y liberarla. Tenemos que soportar el «barro» que llevamos dentro, así como el barro en los otros. Llevarlo con nosotros en la nueva fuerza vital, en el aliento de Jesucristo, en el Espíritu Santo, que también hoy transforma el mundo.

El Espíritu Santo ha creado apóstoles a partir de hombres miedosos. Queremos pedirle al Señor que también hoy nos dé la gracia del Espíritu. Que remueva el barro en nosotros y que así la Iglesia se haga viva, auténtico Pentecostés en nuestros tiempos.

---

* Catedral de Regensburg, 14-V-1989.

# VI. EL ESPÍRITU SANTO
# LA FUERZA DE LA UNIDAD*

En el evangelio de san Juan aparece una extraña cita de Jesús en la que se defiende el trabajo durante el día de reposo; aunque quizá también esté honrando así, en silencio, su origen humilde en el hogar de José obrero, lo que algunos tomaron como argumento contra su origen mesiánico. Jesús sostiene ante todos la sorprendente frase: «Mi padre sigue obrando en esta hora y también yo estoy trabajando» (*Jn* 5, 17). El Señor quiere decirnos con ello que Dios, tras un supuesto acto de creación lejano, no se tomó un sabático indefinido, abandonando el mundo a su suerte. Porque Dios es eterno presente, por eso su creación abarca todos los tiempos y toda la Historia. Dios sigue luchando por el mundo, diseñándolo. No sopló el Espíritu sobre el barro en un pasado lejano, sino que sigue trabajando para que el Espíritu impregne el barro, para que el hombre sea capaz de Dios, cumpliéndose así el anhelo de la Creación (*Rm* 8, 19). Cristo sigue trabajando en nosotros, luchando por nosotros para que tomemos la forma del Hijo.

El informe pentecostal de san Lucas (*Hch* 2, 1-13) muestra la nueva fase de la obra de Dios en el mundo que comenzó con la resurrección de Cristo. De Él, del hombre hijo de Dios, fluye ahora el aliento de Dios, el Espíritu Santo, con nueva fuerza, sobre la Humanidad. ¿Qué ocurre con esto? El resultado es la unidad, crece la comprensión, donde previamente había extrañeza. Se unen los miembros dispersos del cuerpo de la humanidad. Los individuos tocados por Dios son arrastrados hacia la comunidad con Cristo para que conformen con Él un nuevo sujeto –un cuerpo, dice san Pablo–: la Iglesia. El efecto de la obra de Dios en los hombres es la unidad. En ella se le reconoce y por eso es la primera impresión de la Iglesia en la historia de su universalidad. En el primer instante de su llegar a ser, habla en todas las lenguas. Antes de que hubiera iglesias locales, hubo una Iglesia universal, y las iglesias locales son sus hijas, quienes se tienen que medir siempre con respecto a la unidad y a la universalidad. A la Iglesia le corresponde, básicamente, estar por encima de fronteras políticas y culturales. No es solo una forma de nuevo estado de unidad, sino un fermento de la unidad a través de todas las fronteras humanas. De lo que surge una medida muy concreta para nuestra vida cristiana. Cada aislamiento en sus propias ideas y formas es una señal de alejamiento del Espíritu Santo. Los propios caminos de la iglesia local deberán seguir siempre un camino común. Por supuesto, esta unidad que crea el Espíritu Santo no tiene nada que ver con igualitarismo. Ese fue el modelo de Babilonia: la cultura técnica de la igualdad. El igualitarismo no une, divide. Mientras en Babilonia, según el relato bíblico, se quiso establecer un único idioma, los apóstoles hablaban en todas las lenguas y es justo la unidad del Espíritu quien facilita el entendimiento en la diversidad. Si la Iglesia vive en todos los pueblos y en las más variadas sociedades, será, automáticamente, multicolor.

Pero debe seguir caracterizándose por la comprensión de todas ellas. Las peculiaridades locales de la Iglesia no pueden tener nada de exclusividad, tienen que abrirse siempre a la totalidad. La Iglesia cumple su función reconciliadora y unificadora solo si no coincide nunca con un Estado o un sector cultural. La casa católica, común, debe ser la de todos, en todos los estados y en todos los lugares, la casa en la que todos se vuelven a reconocer.

Si leemos atentamente el evangelio de Lucas, vemos que este nos dice algo mucho más concreto. Para dejar constancia de la universalidad de la Iglesia desde el primer instante, Lucas enumera una lista de doce pueblos, probablemente tomada de las tradiciones judaica y griega. Doce, como el número de constelaciones, quiere ser siempre una expresión de universalidad. Pero ahora aparece algo extraño: el horizonte de los círculos helenísticos, quienes probablemente diseñaron esta lista, se limita a partes de Asia y del este, del norte de África. Es el mundo originario del cristianismo el que nos aparece con claridad ante los ojos. Desde su creación, como se puede ver, no es en absoluto una imagen occidental. Pero Lucas ve más allá de los límites de esta pretendida universalidad agregándole tres miembros adicionales que han demostrado verdaderamente su influencia histórica: añade en su evangelio, en decimotercer lugar, a los romanos, ampliando así las miras hacia todo el mundo occidental hasta Gran Bretaña y Germania, quienes siglos más tarde conformarían lentamente Europa. También habla de los judíos y prosélitos, es decir, de la nueva unidad de Israel y de los pueblos del mundo. Nombra, por último, a «cretenses y árabes» como símbolo de Oriente y Occidente –las islas y el continente–, por lo que de nuevo declara la amplitud del hombre nuevo, de Cristo entero. Esto significa: el Espíritu Santo derriba todos los muros que se levantan entre la Humanidad. Cristo entra a través de puertas cerradas y concede la paz.

Aquí se está diciendo lo esencial de cada esfuerzo por una Europa futura renovada. En primer lugar, que Europa ha surgido en el encuentro con Cristo. Donde se evita ese encuentro, se disuelve. Europa existe porque Cristo atravesó puertas cerradas. Por eso le es propio mirar más allá de sí misma. Tiene que asumir la plena responsabilidad por el todo. Tiene que ser para todos lugar de la verdad y de paz, porque la verdad y la paz son indivisibles. Surgió a partir de la unificación de elementos separados y debe permanecer en esa dinámica de unificación. En este punto, debemos, sin embargo, escuchar atentamente a san Lucas para no caer en conclusiones erróneas. Unificar también era el programa de Babilonia, pero la forma de unificación babilónica se basa en la sumisión porque la uniformidad encierra siempre sumisión bajo una forma humana que se impone. Europa ha trabajado en su historia, significativamente, con este modelo de la unidad. El colonialismo es una forma de unificación que ha sentado las bases de una separación que parece de difícil superación. Por su parte, la civilización técnica ha introducido una uniformidad de pensamiento, deseo, vida y proyecto que está a punto de sofocar lo propio de las culturas individuales. Pero no provoca unidad. Junto con ella, crece la alienación de los hombres entre sí, crece un nuevo provincialismo, medra la apatía y la sospecha de todos contra todos. Ningún pensamiento meramente humano, ningún concepto puramente humano puede traer unidad porque solo auparía a una parte al

poder. La unidad verdadera, la de la paz verdadera, puede venir solamente de Aquel que incluye toda la esencia de nuestro ser: el Hijo de Dios. Solo Él tiene el poder de decirnos a todos nosotros: la paz sea con vosotros. Solo la paz con Dios puede darle al hombre paz consigo mismo, y solo así puede crecer la paz verdadera entre ellos. De este modo se hace visible, como nos dice el evangelio de este día, algo indispensable para nuestra pregunta de hoy: sin el reconocimiento del pecado, sin su perdón, no existe paz alguna. El perdón es la manera en la que Dios actúa en nosotros. Solo Él puede reunir con su labor los miembros separados de la Humanidad.

Todo ello ha cobrado en nuestra lección de historia una actualidad que realmente debería hacer oír a los sordos y ver a los ciegos. Cristo entró inesperadamente a través de las puertas firmemente cerradas del ateísmo, suprimiendo el terror con la eternidad de su misericordia y la comunión de su pasión: la paz esté con vosotros. Las puertas entre Oriente y Occidente están abiertas de nuevo. Ningún arte de negociación, ninguna violencia las ha podido hacer saltar por los aires. Él, el resucitado, vivo, ha podido. Obra aún hoy en nosotros para que se conviertan en Reino de Dios. Sería una tragedia imaginar que Europa lo niega justo en este momento, apostando por el patrón babilónico, por un patrón humano que prescinde de Dios y del Espíritu. Un orgullo de este tipo sería una victoria del nihilismo y, por lo tanto, la entrega al poder de dispersión y de destrucción en el que solo resta la lucha de egoísmos encontrados. Pero esta pesadilla no puede hacerse realidad. Cristo está en nuestro centro. Nos dice: la paz sea con vosotros, mostrándonos sus manos traspasadas y su costado abierto. Abrámosle las puertas. Aceptemos su paz. Colaboremos en su obra creadora para que venga su reino, el reino de Dios. Amén.

---

* Catedral de Spira, 3-VI-1990.

# VII. ESPÍRITU Y FUEGO*

La narración de los *Hechos de los Apóstoles* acerca del primer Pentecostés, cuyo comienzo leímos hace un momento en la primera Lectura, nos dice hacia el final que en aquellos días, tras la predicación de san Pedro, se convirtieron a Cristo, recibiendo el sacramento del Bautismo, tres mil personas. Así se convirtió Pentecostés, junto con la Epifanía y Pascua, en el tercer día de bautismo más grande del cristianismo.

La Iglesia tiene su origen en Pentecostés, ya que comienza siempre en cada individuo con su llegada a la Iglesia de Cristo. Empieza con el Bautismo, es decir, al ser llevado a la Iglesia de Jesucristo, con el renacimiento en la familia de Dios.

El movimiento bautismal había comenzado poco antes, en el Jordán, con Juan Bautista, quien despertó, con su aparición, grandes oleadas de expectación mesiánica diciendo: «Yo os bautizo con agua para arrepentimiento, pero el que viene detrás de mí es más poderoso que yo... Él os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego» (*Mt* 3, 11).

La promesa se cumplió en Pentecostés. En el torbellino de Pentecostés, descendió la llama del Espíritu Santo sobre la comunidad de discípulos; se prendió en ellos dándoles ese nuevo fuego de Dios, del que dijo el Señor: He venido a traer fuego sobre la tierra; y ¡cómo quisiera que ya estuviera encendido! (cfr. *Lc* 12, 49). Los doce apóstoles con sus ayudantes portaron esa llama hasta los confines de la tierra, trazaron una nueva estela luminosa de Dios, cambiando la tierra con esa llama sagrada. El fuego que llevaron no fue una antorcha incendiaria como las que arrojan los conquistadores y guerreros, destructoras, en el mundo. No fue, desde luego, la antorcha incendiaria como la lanzan en el mundo los dictadores sangrientos de nuestro tiempo, aumentándola en fuegos artificiales espeluznantes que solo dejan tras sí tierra quemada. El fuego de Dios, el fuego del Espíritu Santo, es diferente. Es el fuego de la zarza que arde sin consumirse. Es llama que arde pero que no destruye, sino que descubre en nosotros, ardiendo, la verdad oculta, el amor sepultado, llevándonos primero hacia nosotros mismos, transformándonos en aquello que debemos ser. Es fuego en la forma de la experiencia de Dios, como se le mostró a Elías en el Sinaí, donde tuvo que constatar que Dios no existe como tormenta destructora, sino como suave brisa.

En este día, pensamos en Ratisbona, en una etapa de este camino de llamas del Espíritu Santo en la historia, en el bautismo de catorce príncipes tribales de Bohemia que llegaron a Ratisbona «religionem christianam desiderantes» (deseando la religión cristiana), según los *Annales Fuldenses*. No fue la violencia lo que los llevó al cristianismo, sino la búsqueda de la luz que veían brillar desde la fe.

Así es como se abrieron fronteras, no por medio de destrucciones o por medio de un poder exterior, sino a través de la llama del Espíritu Santo que nos hace hermanos. Esa

llama de la regeneración abrió las fronteras, permitiéndonos ser hermanos en ambos lados de las mismas. Sí, hermanos, y no a la manera de Caín y Abel, sino a la nueva manera de Jesús, quien se hizo presente en Pentecostés, y acerca de lo cual nos cuenta Lucas: eran un corazón y un alma, y tenían todo en común (cfr. *Hch* 4, 32). La llama del Espíritu Santo se extiende a través de todos los siglos. En la Iglesia siempre es Pentecostés. El Espíritu Santo inflama su fuego siempre de nuevo. Esa llama silenciosa, tranquila, que no destruye, plena de poder sagrado.

Diciendo esto, podrá surgir la siguiente cuestión: ¿Sigue ardiendo esta llama en la Iglesia? ¿Es cierto que, profesando la fe, sigue teniendo lugar en la Iglesia ese Pentecostés que recomienza con cada nuevo Bautismo y que el Espíritu Santo renueva a la Iglesia una y otra vez? ¿Es cierto que sigue ardiendo en la Iglesia esa llama conciliadora y sagrada o se habrá ahogado entre el polvo y la suciedad de diversas costumbres, instituciones y temores? ¿Sigue siendo el cristianismo fuego y Espíritu Santo o también en el cristianismo no ha quedado más que agua al final? ¿El agua estancada de teorías y peroratas ingeniosas que tratan, sin éxito, de ocultar con palabras extrañas la pérdida de la realidad?

A mí me pasa casi cada día al cruzar la plaza de San Pedro, cuando voy al trabajo, que me encuentro con jóvenes de casi todas las partes del mundo que no buscan hacer carrera, que no pretenden destacar, sino que, alcanzados por la alegría de la fe, quieren servir a Cristo. Desprenden la alegría y el coraje del dirigirse hacia Cristo. Ante este tipo de encuentros, lo veo: sí, la llama está ardiendo.

Y cuando veo a gente en la flor de la vida que, sin meter ruido, sin llamar la atención, día tras día, con gran paciencia y humildad, bondad y coherencia, sobrellevan muchas veces una vida dura –y podría contar tantas pequeñas historias de señales de bondad que experimento una y otra vez–, entonces lo sé: sí, la llama silenciosa, aunque poderosa, sigue ardiendo todavía hoy.

Y cuando veo a ancianos donde no hay nada de amargura sino pura y madura bondad, y una gran libertad interior que proviene de la fe, de la cercanía a Dios, en Jesucristo, entonces, lo sé: sí, también hoy tenemos más que agua en la Iglesia, tenemos las llamas del Espíritu Santo.

En este día de Pentecostés, está el Santo Padre (Juan Pablo II) en Bruselas para canonizar al gran apóstol de los leprosos Damián de Veuster. En estas figuras es donde se hace visible el poder flameante del Espíritu Santo, de quien derriba las fronteras del abandono, de la exclusión, y de quien crea en el amor, incluso arriesgando y entregando su propia vida, una nueva hermandad. En ese que ponemos hoy en el candelero, en él podemos verlo: sí, el Espíritu Santo está ahí; ese santo está ahí por todos los numerosos hombres y mujeres, sacerdotes, religiosos y laicos que día tras día, en silencio y de muy diversas maneras, se entregan a la gente con la fuerza de Dios, haciendo milagros de caridad.

Ciertamente, cuando ocurre un escándalo en algún lugar, nos enteramos al instante en el mundo entero. La llama del Espíritu Santo no parece producir noticias dignas de ser

publicadas, pero ahí está, y confiamos en ella. Apostamos por ella y Pentecostés quiere abrirnos los ojos del corazón para que volvamos a verla.

También podemos reconocerla en la inauguración de la placa que nos recuerda lo ocurrido hace 1.150 años, que no solo nos habla de un largo pasado, sino que nos llama a nuestro presente.

¿Con cuánta frecuencia hemos luchado bávaros y bohemios, alemanes y checos unos contra otros? Cuántas veces hemos sido Caín entre nosotros, mirándonos con envidia, intentando matarnos unos a los otros... La llama del Espíritu, nuestro bautismo, debe ayudarnos a huir de Caín hacia la fraternidad de Pentecostés; a encontrar fuerzas para la reconciliación que eliminan y aniquilan lo perturbador y destructivo, haciéndonos libres y abiertos unos con los otros.

La llama del Espíritu Santo no se ha extinguido. Sin embargo, sigue quedando una pregunta: ¿Qué pasa con nosotros? ¿Hemos llegado a experimentar que no solo hemos sido bautizados con agua, sino también con el Espíritu Santo y su fuego? ¿Hemos sentido alguna vez algo del don del Espíritu Santo que nos ha sido dado?

Alrededor del siglo III se grabaron unas palabras de Jesús que no están incluidas en el Evangelio pero que bien podrían ser auténticas: «Quien está cerca de mí, está cerca del fuego». La llama del Espíritu Santo, como hemos dicho, no quema, sino que arde. Porque solo ardiendo puede transformar. Puede y tiene que hacer arder desde dentro de nosotros todo aquello que está entre Dios y nuestro prójimo impidiendo que nos aproximemos, haciendo Caínes de nosotros. La llama quema. Tenemos miedo. No nos gustaría quemarnos. Nos gustaría seguir siendo como somos y algo más. Vivimos con la filosofía del poseer y no con la de entregarse. En la actualidad, existe una gran admiración por Jesús de Nazaret. Esta es una buena noticia. Pero si se le requiere al individuo que no solo tenga bellos pensamientos acerca de Él, sino que se le entregue tal y como Él especifica: al cuerpo de la Iglesia, del que hemos oído hablar en la segunda lectura, entonces será diferente. Entonces, tenemos miedo de lo que nos pide la fe. Podría ser que ya no podamos hacer o tener esto o aquello que amamos. Tenemos miedo de que se nos arrebaten hermosos pedazos de vida, de perdernos muchas cosas si nos acercamos demasiado a Cristo. Mientras estamos hablando de coraje, en realidad le tenemos miedo, tememos su exigente cercanía.

Y, por eso, el Señor tiene que decirnos, una y otra vez, lo que les dijo a los once: ¡No me temáis! ¡Yo no destruyo, construyo! ¡No me temáis! Por supuesto, tenéis que entregar algo. No, no algo. Tenéis que perderos a vosotros mismos porque solo el que se pierde, se encuentra. Tenéis que donaros, salir de vosotros mismos. ¡No temáis caer en el vacío si os perdéis por mí y en mí! Quien va hasta Jesús y confía en Él, ese no cae en el vacío, cae en los brazos y en el amor de Dios. Realmente se encontrará. Pero debido a que ese miedo se esconde en nosotros y nos impide ser cristianos completos, dejarnos tocar por la llama del Espíritu Santo, por eso dijo el Santo Padre el primer día de su pontificado: ¡No temáis a Cristo! ¡No os encerréis! ¡Abridle las puertas! Solo Él es verdaderamente vida.

La fe es curación y salvación. No podemos curarnos de dentro hacia afuera si no aceptamos también el dolor de la transformación. En la lengua de Jesucristo, la palabra «fuego» es, en primer lugar, una imagen del misterio de la Cruz. Sin esta ardiente comunidad de la Cruz no existe, de hecho, el cristianismo.

Pero el fuego es también imagen del amor. Y ambos son realmente lo mismo, porque la Cruz es Amor, y el Amor es Cruz. Y justo por eso es redentora y grandiosa. Sabemos esto incluso desde una experiencia puramente humana. No es suficiente el momento del gran entusiasmo, del estado de deleite. Se convierte en promesa vacía y decepción si no le damos resistencia y forma a través del aceptarse, tomarse y entregarse mutuamente, haciéndolo madurar en amor verdadero.

¡Ven, Espíritu Santo, y enciende en nosotros el fuego de tu amor! Esta es una oración osada porque pedimos ser encendidos por la llama del Espíritu Santo. Pero también es una gran oración salvadora. Y es que solo cura esta oración. Si escapamos de esta llama porque queremos salvar la vida, justamente así perderemos la verdadera vida. Solo la llama del Espíritu Santo nos redime. Porque solo el Amor redime. Amén.

---

* Catedral de Regensburg, 4-VI-1995.

# VIII. ESPÍRITU Y LIBERTAD. LIBERTAD Y VÍNCULO*

Puede que nos sorprenda, tal vez, que la Iglesia nos presente el día de Pentecostés la lectura del Sinaí: el descenso de Dios entre señales, que provocan temor y espanto, tras las que se comunica la ley de Dios, el contenido de la alianza entre Dios e Israel que se establece en el Sinaí. Ante esto, tenemos la sensación de que en realidad Sinaí, la entrega de las leyes, es justamente lo contrario de lo que significa Pentecostés.

Con Sinaí, pensamos en leyes, en mandamientos y prohibiciones, en todo aquello que constriñe a las gentes haciéndoles pesado el camino. Pentecostés, en cambio, significa para nosotros la fiesta del Espíritu que libera, que otorga espacio y libertad. Karl Rahner dijo, en sus primeros años, que el espíritu de Pentecostés había arrancado los postes de la cerca con la que los siervos –en exceso celosos– intentaron vallar la Palabra de Dios y que, entretanto, estaban intentando volver a levantarla. El Espíritu de Dios tiene que seguir liberándonos de esos cercos puestos a su obra.

Pero la Iglesia quiere precisamente que reflexionemos con la lectura del relato del Sinaí llevándonos a profundizar en el verdadero Pentecostés. Primero, debemos recordar que la Iglesia ha recibido algo verdaderamente nuevo en las celebraciones de Pascua y Pentecostés. Aunque surgen, por supuesto, de la continuidad de la historia de Israel, de la historia de la Humanidad. Porque, en principio, estuvieron las celebraciones de la Naturaleza: una fiesta nómada en Pascua, una fiesta de la cosecha en Pentecostés. Estas se convirtieron en celebraciones de Israel. Pascua es la fiesta del Éxodo, de la liberación de Egipto, el recuerdo de aquella noche llena de misterio en la que Dios ablandó el corazón del faraón para que Israel pudiese marchar. Pentecostés es la fiesta del recuerdo en los acontecimientos del Sinaí. Así es como ese arco de los cincuenta días sostiene la Pascua y Pentecostés, en el recuerdo ya existente de los creyentes de Israel. Entre Pascua y Pentecostés, ya existía ahí una relación interna. Israel no vio en lo ocurrido en el Sinaí la revocación de la libertad que se le había concedido durante la noche pascual del *Pesaj*. Por el contrario, el evento del Sinaí fue, en primer lugar, el don definitivo de la libertad. Porque la libertad entre las gentes solo puede existir conviviendo mutuamente en libertad. Si cada uno quiere imponer su voluntad, si cada uno piensa en sí mismo y en sus propias ideas de libertad, nos destruiremos unos a otros. Entonces no habrá libertad. La libertad humana solo existirá si la libertad de todos nosotros se unifica en un todo, dándonos y cumpliendo recíprocamente, en el respeto mutuo, un orden para la vida que nos une unos a otros recibiendo todos de este modo un espacio adecuado de libertad. Así es como se entendió en el Sinaí: el pueblo recibe sus leyes de libertad, la verdadera convivencia de las libertades venidas de la verdad y la justicia de Dios.

El evento real en el Sinaí fue en primer lugar la alianza. Alianza significa atar. Por eso, el acontecimiento principal del Sinaí consiste en que Dios se dirige a los hombres, entregándose a ellos y sembrando así en este mundo el poder del bien. Esto significa al mismo tiempo que, con ello, ata a los hombres a Él. En la medida en la que estos se atan a Él, entran en su verdad, aprenden a aceptarse entre ellos y a aceptarlo a Él, es como surge la verdadera libertad. Solo donde existe el orden correcto de la libertad –y solo Dios, nuestro Creador, nos la puede dar–, vivimos juntos en libertad. La anarquía no es la forma más elevada de esta, sino su destrucción. El orden de las libertades es la verdadera libertad. Por eso fue el Sinaí la plena y verdadera liberación de Israel. Cuanto más se alejen los hombres de ella, regresando a la arbitrariedad, menos libres serán. La alianza con Dios otorga la verdadera convivencia. Por eso los israelitas entendieron la ley como un don de Dios mediante el que les muestra cómo vivir correctamente: qué tienen que hacer un individuo, una comunidad, un pueblo, para convivir correctamente. Israel estaba agradecido por el don de la ley. Lleno de orgullo, dijo: Hay muchas naciones grandes pero ninguna a la que Dios le esté tan cercano como nuestro Dios. Ninguna a la que Dios le haya mostrado cómo se puede y debe vivir correctamente.

Solo cuando veamos y comprendamos este trasfondo del Antiguo Testamento, podremos comprender, de verdad, el Pentecostés cristiano. Así como la alianza en el Sinaí fue la primera en fundar el pueblo de Israel, del mismo modo fue Pentecostés quien fundó la Iglesia. El Espíritu Santo acerca a las personas divididas de forma que ahora son capaces de vivir de verdad juntas, de servirse entre sí y de ayudarse mutuamente desde Dios. El mismo Espíritu Santo es la nueva ley. Ya no tenemos los 365 mandamientos negativos y 248 positivos que encontraron los maestros de Israel en los cinco libros de Moisés. El Espíritu Santo, el Espíritu de Jesucristo mismo, es nuestra «ley». Nuestra «ley» es, pues, simple: vivir como vivió Jesucristo. Esa comunidad con Él, a través del Espíritu Santo, que nos regala, nos da libertad, nos da unidad, apertura y amplitud. Solo de ella y por ella surge una y otra vez una nueva Iglesia. No podemos hacer Iglesia a través de decisiones, a través de consejos y discusiones. Todos vemos que esto es insuficiente. Solo podrá haber Iglesia si somos tocados por Dios; si Él nos abre su corazón, si nos muestra su voluntad, si nos da vida. Entonces es cuando surge esta, convirtiéndose en el lugar de nuestra vida verdadera. Nos hace libres y nos lleva los unos a los otros. Es defensa contra el mal y campo de fuerza para el bien del mundo.

En el Evangelio encontramos una extraña e inusual imagen del Espíritu Santo. Desde la narración de Pentecostés estamos acostumbrados a que se represente al Espíritu Santo por medio de los dos elementos: viento (impetuoso) y fuego. Pero también el agua representa al Espíritu Santo. Para un pueblo que vivía en un país desértico, con un clima en el que la lluvia es un don escaso, estaba más claro que para nosotros, que disfrutamos de abundantes lluvias, del regalo que supone la lluvia. Se imploraba como don sin el cual no es posible la vida. Era evidente: solo podía haber vida donde había agua. El sol es una de las condiciones para la vida sobre la tierra; el aire, la segunda; pero a todo ello tiene que sumársele el agua para que exista vida en esta tierra. Para el pueblo de Israel, con su clima, el agua, la fuente de vida, el manantial de agua buena se ha convertido en símbolo

de la energía de la vida. Por eso pudo Jesús comparar al Espíritu Santo con el agua que trae la vida, que produce fertilidad en medio del desierto. El hombre lleno de Espíritu Santo es semejante a una fuente, a un oasis en el que fluye agua viva, creciendo vida a su alrededor.

Creo que todos nosotros conocemos a personas que son como un manantial de agua fresca. Conocemos a otras que son ciénagas de las que emanan vapores pantanosos; personas en las que no hay vida verdadera. Pero, gracias a Dios, hay también personas en las que está el agua fresca del Espíritu Santo. Porque es propio del Espíritu Santo salir a borbotones como un manantial, dando vida. Por eso no hay nadie que tenga al Espíritu Santo solo para sí mismo. Aquel que recibe al Espíritu Santo y le da espacio se convierte en manantial, en fuente. «De su seno correrán ríos de agua viva» (*Jn* 7, 38).

Pidamos al Señor que nos siga dando en el desierto de nuestro tiempo, en todas las amenazas y peligros, el agua vital, fresca, que brota del Espíritu Santo.

Pidámosle que no llevemos en nuestro interior agua empantanada con nuestras malas costumbres y con nuestros pecados. Pidámosle ser agua viva, ser llenados de su Espíritu y ser fuentes de bondad en nuestro mundo.

Pidámosle: Señor, envía tu Espíritu Santo y renuévanos. Renueva a tu Iglesia, renueva la faz de la tierra. Amén.

---

* Iglesia de S. Juan en Pentling, Filialkirche Pentling, 25-V-1996.

# IX. EL MISMO ESPÍRITU DE DIOS EN LA CREACIÓN Y EN LA REDENCIÓN*

La liturgia de Pentecostés responde, sorprendentemente, a la narración de los *Hechos de los Apóstoles* acerca del nacimiento de la Iglesia, con un salmo que es un cántico a la Creación, una alabanza al Espíritu creador que lo ha concebido todo con su sabiduría. «Extiendes los cielos como una tienda», y prosigue «¡Qué numerosas son tus obras!... ¡Sea por siempre la gloria del Señor! ¡Se alegre el Señor en sus obras!» (*Sal* 104, 2.24.31). Deliberadamente la Iglesia quiere decirnos que el Espíritu Creador, que lo ha concebido todo, y el Espíritu Santo, que envía Cristo desde el Padre, son el mismo. Creación y Redención caminan juntas. Dios puede, por lo tanto, preservarnos y salvarnos de forma segura, porque todo lo que proviene de Él, su obra, le pertenece. Pentecostés es la fiesta de cumpleaños de la Iglesia, su gran día. Pero Pentecostés también es la celebración de la Creación, del agradecimiento porque el Señor no la abandona. Pentecostés nos dice sobre todo: el mundo es Creación, viene del Espíritu y no de la ciega casualidad; el espíritu, la razón, la ética no son invitados desconocidos para ella, a quienes ha traído la casualidad y que sería mejor que no existieran. No, toda la realidad que nos rodea es la idea del Espíritu Creador, hecha forma, y habla del Espíritu de Dios a nuestras mentes. Por eso nos manda nuestra fe reverenciar la Creación de Dios. No se nos entregó la Creación para que la explotáramos, sino para que la reverenciemos y la desarrollemos como jardín divino en el que los hombres pueden vivir humanamente. El libro del Apocalipsis ve como características de los enemigos de Dios y de Cristo que estos destruyan la tierra (*Ap* 11, 18). En tiempos del materialismo, de la negación del Espíritu Creador, hay nuevas y aterradoras formas de destrucción de la tierra. Se ve a toda la Creación como un producto material que desmontamos y volvemos a montar de acuerdo a nuestras necesidades, llegando hasta el hombre, que también deberá ser producto para que lo tratemos como a un producto, lo criemos según nuestros propósitos, lo explotemos y, sí, lo podamos asesinar. Ante semejante abuso y utilización de la Creación, entendemos de otro modo las palabras de san Pablo: La Creación gime y sufre hasta ahora. Quiere liberarse de la esclavitud de la destrucción, y está esperando la llegada de los hijos de Dios y de su libertad (cfr. *Rm* 8, 19-22). La libertad de los hijos de Dios es diferente a la libertad de los destructores. No es la libertad del consumo, que es una libertad de la negación. Es una libertad del Amor, que es una libertad que construye. La liturgia ha trasladado al salmo de la Creación –que hoy se utiliza– esa esperanza, en la petición: Envía tu Espíritu y renueva la faz de la tierra (cfr. *Sal* 104, 30). Si nos hacemos hijos de Dios, si Dios gana espacio en nosotros y a través de nosotros, entonces, también será nueva la Creación esclavizada, y descubriremos en

ella algo más que simple material de nuestro poder, esto es, el rostro de aquel que la creó, que la ama y que nos ama.

El Espíritu Santo es, ante todo, Espíritu Creador y por eso es Pentecostés la celebración de la Creación. El cristianismo es la religión de la Creación. Para nosotros los cristianos, el mundo no es *Maya*, no es la ilusión engañosa de esa interminable rueda del destino que siempre gira y regresa, de la que uno trata de escapar. Para nosotros, el mundo es la Creación que alegra a Dios y de la que nos podemos complacer con la libertad constructiva del amor. Por eso Dios no es para nosotros ese completo extraño, anónimo y oscuro, el hundimiento que nos arrastrará a todos. No. Dios tiene un rostro, Dios es belleza. Así, la fe en el Espíritu Creador y la fe en el Espíritu que Jesucristo nos envía desde el Padre son inseparables. Creación e Historia no son dos mundos separados, aunque sea cierto que la Historia trae al mundo el nuevo elemento de la culpa, fruto del don de la libertad, haciendo con ello necesarias nuevas iniciativas de la fantasía del amor divino. Las lecturas de la *Primera carta a los Corintios* y del evangelio de san Juan nos muestran esta relación. El Espíritu Santo es quien nos permite reconocer a Cristo como el Señor y recitar el Credo de la Iglesia: «Jesucristo es el Señor» (*1 Co* 12, 3). Para ello, debemos tener presente que en el Antiguo Testamento muy pronto dejó de pronunciarse el nombre de Dios para sustituirlo por la palabra «Señor». «Señor» era el título fundamental de Dios, convirtiéndose así en el nombre de Dios. Si el Espíritu Santo nos enseña a decir «Jesús es el Señor», se trata de la confesión de la divinidad de Jesús, la confesión de que Jesucristo es uno y el mismo Dios que se reveló en la antigua alianza. Solo el Espíritu Santo puede hacernos ver y enseñar algo semejante. La pura erudición con toda su sabiduría no alcanza para ello. El Señor se lo dice a Pedro: solas la carne y la sangre no lo revelan (cfr. *Mt* 16, 17). Solamente cuando abrimos los ojos y el corazón de la fe compartida con la Iglesia podremos reconocer a Jesús por completo y decir, de corazón: Sí, eres el Señor, el Hijo de Dios vivo. El Evangelio nos regala una maravillosa imagen para explicarnos la relación entre Jesús, el Espíritu Santo y el Padre: se presenta al Espíritu Santo como el aliento de Jesucristo (*Jn* 20, 22). San Juan utiliza la historia de la Creación, cuando nos dice que Dios sopla el aliento de vida sobre nuestra nariz. El aliento de Dios es vida. Ahora el Señor nos sopla en el alma el nuevo aliento de vida: el Espíritu Santo, su ser íntimo más propio, introduciéndonos con Él en la familia de Dios. Pertenecemos a Dios. Esto se nos ha dado en el Bautismo y en la Confirmación, y en el sacramento de la Penitencia ocurre una y otra vez: el Señor nos sopla en el alma su aliento de vida. De nuevo, solo podemos rezar: envíanos tu aliento de vida, que el Espíritu Santo respire en nosotros y que salga así también de mí la renovación de la Iglesia.

La liturgia del día de hoy nos muestra un tercer contexto. El Espíritu es Espíritu Creador. El Espíritu es el Espíritu de Jesucristo, por lo que Padre, Hijo y Espíritu Santo son solo uno, y el único, Dios. Y a esto se añade: el Espíritu Santo crea la Iglesia. Esta no viene del deseo del hombre, de la reflexión, de la eficacia humana y su deseo organizativo; de ser así, hace tiempo que habría desaparecido, como pasa con todo lo humano. Es creación del Espíritu Santo. Las imágenes de viento impetuoso y fuego que

utiliza Lucas para la venida del Espíritu Santo son una reminiscencia del Sinaí, donde Dios se le reveló al pueblo de Israel en tormenta y fuego, entregándole el don de la alianza. En realidad, Israel comenzó a celebrar el día quincuagésimo después de Pascua –día de recuerdo del éxodo de Egipto– como fiesta del Sinaí, como fiesta de la alianza. Cuando Lucas habla de la imagen del Espíritu Santo, puede recordarnos que la alianza tenía la forma en la ley que recibió Israel del Sinaí, una ley que no era obstáculo u obligación, sino luz que muestra el camino entre la confusión del mundo. Así, Lucas presenta el momento de Pentecostés como un nuevo Sinaí, como don de la nueva alianza en la que se extiende el vínculo con Israel a todos los pueblos del mundo en el que caen muchas de las cercas de la antigua ley, emergiendo su núcleo más simple: el amor que es el Espíritu Santo, el amor que todo lo resume. La ley se amplía y abre al mismo tiempo: esta es la nueva alianza en la que el Espíritu llena el misterio de Jesucristo. Lucas presenta esa extensión de la alianza sobre todas las naciones a través de la enumeración de una tabla de naciones muy conocida en aquel tiempo. Con ello, nos está diciendo algo muy importante: la Iglesia fue católica desde el primer instante. No surgió lentamente a través de la fusión de diferentes comunidades. La creó el Espíritu Santo situándola desde el primer momento como la Iglesia de todos los pueblos. Es la Iglesia, extendida por el mundo entero, la que elimina todas las fronteras de raza, clase, nación; la que abre todas las barreras, uniendo a los hombres en la profesión del Dios uno y trino. La Iglesia fue desde el principio una, católica y apostólica: esta es siempre su naturaleza, y por ella se la reconoce. Es santa, no por el esfuerzo de sus miembros, sino porque Él mismo la crea y le regala las fuerzas de la santificación contra todos los errores humanos. Esto también viene por dos propiedades de la Iglesia de las que nos habla el evangelio de hoy: a la Iglesia se le dio el Espíritu Santo como pleno poder para el perdón. Y el Espíritu Santo es transmisión. Se le dona a la persona no como propiedad privada para él solo, sino siempre para los otros. Él es la dinámica de la transmisión, esto es, la dinámica de la bondad, que siempre es compartir, salir de sí mismos hacia los demás.

Transmisión y perdón. ¿Cómo no iba a pensar en estas palabras clave aquel sábado de Pentecostés de 1977 cuando, en la adornada catedral de Múnich, recibí por imposición de manos de los arzobispos Stangl,
Graber y Tewes, acompañado de toda una comunidad orante, la misión episcopal, el ministerio pastoral que fue transmitido a la Iglesia? Jamás olvidaré ese luminoso día; jamás olvidaré cómo me envolvían plenamente las invocaciones de la letanía de los santos, así como la fe y la oración de todos los presentes, como una fuerza que me sostendría en ese encargo que iba mucho más allá de mis fuerzas. Sé cuántas veces quedé rezagado en aquello para lo que había sido enviado y agradezco de corazón a todos los que siempre me ayudaron, y me ayudan, con sus oraciones, con su paciencia y bondad. A menudo me viene a la mente el final del evangelio de san Juan, donde el Señor le predice a Pedro el momento en el que otros lo llevarán, atado, a donde no querrá ir. Cuántas veces a lo largo de estos 25 años me ha llevado el Señor, contra mis deseos e ideas, allí a donde realmente no quería. Pero sabía, y sé, que su guía es buena y que es bueno dejar caer las propias ideas y dejarse llevar por Él. Quiero darles, de

corazón, las gracias a todos, queridos amigos; es un agradecimiento por sus oraciones, por su comprensión, ayuda, y es una petición:

Pidámosle al Señor que nos ayude a creer. Pidámosle que nos abra los ojos al camino recto. Pidámosle que nos enseñe a amar a la Iglesia y que nos guíe para que podamos contribuir a su construcción. Pidámosle que le conserve la fe a nuestro país, que nos envíe a nosotros, sacerdotes y obispos, según su Espíritu, que llame a hombres y mujeres, que son sus testigos. Señor, envía tu Espíritu y se renovará la faz de la tierra. Amén.

---

* Catedral de Munich, 19-V-2002 (Celebración del XXV Aniversario de su Ordenación Episcopal: 1977-2002).

SEGUNDA PARTE

# SOBRE EL ESPÍRITU SANTO

# I. LA FORMA DEL ESPÍRITU SANTO*

La primera lectura y el evangelio del domingo de Pentecostés nos presentan dos grandes imágenes de la misión del Espíritu Santo. La lectura de los *Hechos de los Apóstoles* narra cómo el Espíritu Santo, el día de Pentecostés, bajo los signos de un viento impetuoso y del fuego, irrumpe en la comunidad orante de los discípulos de Jesús y así da origen a la Iglesia.

Para Israel, Pentecostés se había transformado de fiesta de la cosecha en fiesta conmemorativa de la conclusión de la alianza en el Sinaí. Dios había mostrado su presencia al pueblo a través del viento y del fuego, después le había dado su ley, los diez mandamientos. Solo así la obra de liberación, que comenzó con el éxodo de Egipto, se había cumplido plenamente: la libertad humana es siempre una libertad compartida, un conjunto de libertades. Solo en una armonía ordenada de las libertades, que muestra a cada uno el propio ámbito, puede mantenerse una libertad común.

Por eso el don de la ley en el Sinaí no fue una restricción o una abolición de la libertad, sino el fundamento de la verdadera libertad. Y, dado que un justo ordenamiento humano solo puede mantenerse si proviene de Dios y si une a los hombres en la perspectiva de Dios, a una organización ordenada de las libertades humanas no pueden faltarle los mandamientos que Dios mismo da. Así, Israel llegó a ser pueblo de forma plena precisamente a través de la alianza con Dios en el Sinaí. El encuentro con Dios en el Sinaí podría considerarse como el fundamento y la garantía de su existencia como pueblo.

El viento impetuoso y el fuego, que bajaron sobre la comunidad de los discípulos de Cristo reunida en el Cenáculo, constituyeron un desarrollo ulterior del acontecimiento del Sinaí y le dieron nueva amplitud. En aquel día, como refieren los *Hechos de los Apóstoles*, se encontraban en Jerusalén «judíos piadosos (...) de todas las naciones que hay bajo el cielo» (*Hch* 2, 5). Y entonces se manifestó el don característico del Espíritu Santo: todos ellos comprendían las palabras de los Apóstoles: «La gente (...) les oía hablar cada uno en su propia lengua» (*Hch* 2, 6).

El Espíritu Santo da el don de comprender. Supera la ruptura iniciada en Babel –la confusión de los corazones, que nos enfrenta unos a otros– y abre las fronteras. El pueblo de Dios, que había encontrado en el Sinaí su primera configuración, ahora se amplía hasta la desaparición de todas las fronteras. El nuevo pueblo de Dios, la Iglesia, es un pueblo que proviene de todos los pueblos. La Iglesia, desde el inicio, es católica, esta es su esencia más profunda.

San Pablo explica y destaca esto en la segunda lectura, cuando dice: «Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y

griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu» (*1 Co* 12, 13). La Iglesia debe llegar a ser siempre nuevamente lo que ya es: debe abrir las fronteras entre los pueblos y derribar las barreras entre las clases y las razas. En ella no puede haber ni olvidados ni despreciados. En la Iglesia hay solo hermanos y hermanas de Jesucristo libres.

El viento y el fuego del Espíritu Santo deben abrir sin cesar las fronteras que los hombres seguimos levantando entre nosotros; debemos pasar siempre nuevamente de Babel, de encerrarnos en nosotros mismos, a Pentecostés. Por tanto, debemos orar siempre para que el Espíritu Santo nos abra, nos otorgue la gracia de la comprensión, de modo que nos convirtamos en el pueblo de Dios procedente de todos los pueblos; más aún, san Pablo nos dice: en Cristo, que como único pan nos alimenta a todos en la Eucaristía y nos atrae a sí en su cuerpo desgarrado en la cruz, debemos llegar a ser un solo cuerpo y un solo espíritu.

La segunda imagen del envío del Espíritu Santo, que encontramos en el evangelio, es mucho más discreta. Pero precisamente así permite percibir toda la grandeza del acontecimiento de Pentecostés. El Señor resucitado, a través de las puertas cerradas, entra en el lugar donde se encontraban los discípulos y los saluda dos veces diciendo: «La paz con vosotros».

Nosotros cerramos continuamente nuestras puertas; continuamente buscamos la seguridad y no queremos que nos molesten ni los demás ni Dios. Por consiguiente, podemos suplicar continuamente al Señor solo para que venga a nosotros, superando nuestra cerrazón, y nos traiga su saludo. «La paz con vosotros»: este saludo del Señor es un puente que él tiende entre el cielo y la tierra. Él desciende por este puente hasta nosotros, y nosotros podemos subir por este puente de paz hasta él.

Por este puente, siempre junto a él, debemos llegar también hasta el prójimo, hasta aquel que tiene necesidad de nosotros. Precisamente abajándonos con Cristo, nos elevamos hasta él y hasta Dios: Dios es amor y, por eso, el descenso, el abajamiento que nos pide el amor, es al mismo tiempo la verdadera subida. Precisamente así, al abajarnos, al salir de nosotros mismos, alcanzamos la altura de Jesucristo, la verdadera altura del ser humano.

Al saludo de paz del Señor siguen dos gestos decisivos para Pentecostés; el Señor quiere que su misión continúe en los discípulos: «Como el Padre me envió, también yo os envío» (*Jn* 20, 21).

Después de lo cual, sopla sobre ellos y dice: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (*Jn* 20, 23). El Señor sopla sobre sus discípulos, y así les da el Espíritu Santo, su Espíritu. El soplo de Jesús es el Espíritu Santo.

Aquí reconocemos, ante todo, una alusión al relato de la creación del hombre en el Génesis, donde se dice: «El Señor Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida» (*Gn* 2, 7). El hombre es esta criatura misteriosa, que proviene totalmente de la tierra, pero en la que se insufló el soplo de Dios. Jesús sopla

sobre los Apóstoles y les da de modo nuevo, más grande, el soplo de Dios. En los hombres, a pesar de todos sus límites, hay ahora algo absolutamente nuevo, el soplo de Dios. La vida de Dios habita en nosotros. El soplo de su amor, de su verdad y de su bondad.

Así, también podemos ver aquí una alusión al bautismo y a la confirmación, a esta nueva pertenencia a Dios, que el Señor nos da. El texto del evangelio nos invita a vivir siempre en el espacio del soplo de Jesucristo, a recibir la vida de él, de modo que él inspire en nosotros la vida auténtica, la vida que ya ninguna muerte puede arrebatar.

Al soplo, al don del Espíritu Santo, el Señor une el poder de perdonar. Hemos escuchado antes que el Espíritu Santo une, derriba las fronteras, conduce a unos hacia los otros. La fuerza, que abre y permite superar Babel, es la fuerza del perdón. Jesús puede dar el perdón y el poder de perdonar, porque él mismo sufrió las consecuencias de la culpa y las disolvió en las llamas de su amor. El perdón viene de la cruz; él transforma el mundo con el amor que se entrega. Su corazón abierto en la cruz es la puerta a través de la cual entra en el mundo la gracia del perdón. Y solo esta gracia puede transformar el mundo y construir la paz.

Si comparamos los dos acontecimientos de Pentecostés, el viento impetuoso del quincuagésimo día y el soplo leve de Jesús en el atardecer de Pascua, podemos pensar en el contraste entre dos episodios que sucedieron en el Sinaí, de los que nos habla el Antiguo Testamento. Por una parte, está el relato del fuego, del trueno y del viento, que preceden a la promulgación de los diez mandamientos y a la conclusión de la alianza (cfr. *Ex* 19 ss); por otra, el misterioso relato de Elías en el Horeb. Después de los dramáticos acontecimientos del monte Carmelo, Elías había escapado de la ira de Ajab y Jezabel. Luego, cumpliendo el mandato de Dios, había peregrinado hasta el monte Horeb.

El don de la alianza divina, de la fe en el Dios único, parecía haber desaparecido en Israel. Elías, en cierto modo, debía reavivar en el monte de Dios la llama de la fe y llevarla a Israel. En aquel lugar experimenta el huracán, el temblor de tierra y el fuego. Pero Dios no está presente en todo ello. Entonces, percibe el susurro de una brisa suave. Y Dios le habla desde esa brisa suave (cfr. *1 R* 19, 11-18).

¿No es precisamente lo que sucedió en la tarde de Pascua, cuando Jesús se apareció a sus Apóstoles, lo que nos enseña qué es lo que se quiere decir aquí? ¿No podemos ver aquí una prefiguración del siervo de *Adonai*, del que Isaías dice: «No vociferará ni alzará el tono, y no hará oír en la calle su voz» (*Is* 42, 2)? ¿No se presenta así la humilde figura de Jesús como la verdadera revelación en la que Dios se manifiesta a nosotros y nos habla? ¿No son la humildad y la bondad de Jesús la verdadera epifanía de Dios?

Elías, en el monte Carmelo, había tratado de combatir el alejamiento de Dios con el fuego y con la espada, matando a los profetas de Baal. Pero, de ese modo, no había podido restablecer la fe. En el Horeb debe aprender que Dios no está ni en el huracán ni en el temblor de tierra ni en el fuego; Elías debe aprender a percibir el susurro de Dios y, así, a reconocer anticipadamente a aquel que ha vencido el pecado no con la fuerza, sino

con su Pasión; a aquel que, con su sufrimiento, nos ha dado el poder del perdón. Este es el modo como Dios vence.

Queridos ordenandos, de este modo el mensaje de Pentecostés se dirige ahora directamente a vosotros. La escena de Pentecostés, en el evangelio de san Juan, habla de vosotros y a vosotros. A cada uno de vosotros, de modo muy personal, el Señor le dice: ¡la paz con vosotros!, ¡la paz contigo! Cuando el Señor dice esto, no da algo, sino que se da a sí mismo, pues él mismo es la paz (cfr. *Ef* 2, 14).

En este saludo del Señor podemos vislumbrar también una referencia al gran misterio de la fe, a la santa Eucaristía, en la que él se nos da continuamente a sí mismo y, de este modo, nos da la verdadera paz. Así, este saludo se sitúa en el centro de vuestra misión sacerdotal: el Señor os confía el misterio de este sacramento. En su nombre podéis decir: «este es mi cuerpo», «esta es mi sangre». Dejaos atraer siempre de nuevo a la santa Eucaristía, a la comunión de vida con Cristo.

Considerad como centro de toda jornada el poder celebrarla de modo digno. Conducid siempre de nuevo a los hombres a este misterio. A partir de ella, ayudadles a llevar la paz de Cristo al mundo.

En el evangelio que acabamos de escuchar resuena también una segunda expresión del Resucitado: «Como el Padre me envió, también yo os envío» (*Jn* 20, 21). Cristo os dice esto, de modo muy personal, a cada uno de vosotros. Con la ordenación sacerdotal, os insertáis en la misión de los Apóstoles. El Espíritu Santo es viento, pero no es amorfo. Es un Espíritu ordenado.

Se manifiesta precisamente ordenando la misión, en el sacramento del sacerdocio, con la que continúa el ministerio de los Apóstoles. A través de este ministerio, os insertáis en la gran multitud de quienes, desde Pentecostés, han recibido la misión apostólica. Os insertáis en la comunión del presbiterio, en la comunión con el obispo y con el Sucesor de san Pedro, que aquí, en Roma, es también vuestro obispo.

Todos nosotros estamos insertados en la red de la obediencia a la palabra de Cristo, a la palabra de aquel que nos da la verdadera libertad, porque nos conduce a los espacios libres y a los amplios horizontes de la verdad. Precisamente en este vínculo común con el Señor podemos y debemos vivir el dinamismo del Espíritu. Como el Señor salió del Padre y nos dio luz, vida y amor, así la misión debe ponernos continuamente en movimiento, impulsarnos a llevar la alegría de Cristo a los que sufren, a los que dudan y también a los reacios.

Por último, está el poder del perdón. El sacramento de la penitencia es uno de los tesoros preciosos de la Iglesia, porque solo en el perdón se realiza la verdadera renovación del mundo.

Nada puede mejorar en el mundo, si no se supera el mal. Y el mal solo puede superarse con el perdón. Ciertamente, debe ser un perdón eficaz. Pero este perdón solo puede dárnoslo el Señor. Un perdón que no aleja el mal solo con palabras, sino que realmente lo destruye. Esto solo puede suceder con el sufrimiento, y sucedió realmente con el amor sufriente de Cristo, del que recibimos el poder del perdón.

Finalmente, queridos ordenandos, os recomiendo el amor a la Madre del Señor. Haced como san Juan, que la acogió en lo más íntimo de su corazón. Dejaos renovar constantemente por su amor materno. Aprended de ella a amar a Cristo. Que el Señor bendiga vuestro camino sacerdotal. Amén.

---

* Basílica de San Pedro, 15-V-2005 (Misa con Ordenaciones sacerdotales).

# II. EL ESPÍRITU CREADOR DE DIOS*

Habéis venido realmente en gran número esta tarde a la plaza de San Pedro para participar en la Vigilia de Pentecostés. Os doy las gracias de corazón. Al pertenecer a pueblos y culturas diversos, representáis aquí a todos los miembros de los Movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades, reunidos espiritualmente en torno al Sucesor de Pedro, para proclamar la alegría de creer en Jesucristo y renovar el compromiso de ser sus discípulos fieles en este tiempo.

Os agradezco vuestra participación y saludo cordialmente a cada uno. Saludo con afecto, ante todo, a los señores cardenales, a los venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, a los religiosos y a las religiosas. Saludo a los responsables de vuestras numerosas realidades eclesiales, que muestran cuán viva es la acción del Espíritu Santo en el pueblo de Dios. Saludo a los que han preparado este acontecimiento extraordinario y, en particular, a los que trabajan en el Consejo pontificio para los laicos, con el secretario, Mons. Josef Clemens, y el presidente, Mons. Stanislaw Rylko, al que agradezco también las cordiales palabras que me ha dirigido al inicio de la liturgia de las Vísperas.

Viene a nuestra memoria con emoción el encuentro análogo que tuvo lugar en esta misma plaza, el 30 de mayo de 1998, con el amado Papa Juan Pablo II. Como gran evangelizador de nuestro tiempo, os acompañó y guió durante todo su pontificado; en muchas ocasiones definió «providenciales» vuestras asociaciones y comunidades, sobre todo porque el Espíritu santificador se sirve de ellas para despertar la fe en el corazón de tantos cristianos y para hacer que descubran la vocación que han recibido con el Bautismo, ayudándoles a ser testigos de esperanza, llenos del fuego de amor que es precisamente don del Espíritu Santo.

Ahora, en esta Vigilia de Pentecostés, nos preguntamos: ¿Quién o qué es el Espíritu Santo? ¿Cómo podemos reconocerlo? ¿Cómo vamos nosotros a él y él viene a nosotros? ¿Qué es lo que hace?

Una primera respuesta nos la da el gran himno pentecostal de la Iglesia, con el que hemos iniciado las Vísperas: «Veni, Creator Spiritus...», «Ven, Espíritu Creador...». Este himno alude aquí a los primeros versículos de la Biblia, que presentan, mediante imágenes, la creación del universo. Allí se dice, ante todo, que por encima del caos, por encima de las aguas del abismo, aleteaba el Espíritu de Dios. El mundo en que vivimos es obra del Espíritu Creador. Pentecostés no es solo el origen de la Iglesia y, por eso, de modo especial, su fiesta; Pentecostés es también una fiesta de la creación. El mundo no existe por sí mismo; proviene del Espíritu Creador de Dios, de la Palabra Creadora de Dios.

Por eso refleja también la sabiduría de Dios. La creación, en su amplitud y en la lógica omnicomprensiva de sus leyes, permite vislumbrar algo del Espíritu Creador de Dios. Nos invita al temor reverencial. Precisamente quien, como cristiano, cree en el Espíritu Creador es consciente de que no podemos usar el mundo y abusar de él y de la materia como si se tratara simplemente de un material para nuestro obrar y querer; es consciente de que debemos considerar la creación como un don que nos ha sido encomendado, no para destruirlo, sino para convertirlo en el jardín de Dios y así también en un jardín del hombre. Frente a las múltiples formas de abuso de la tierra que constatamos hoy, escuchamos casi el gemido de la creación, del que habla san Pablo (cfr. *Rm* 8, 22); comenzamos a comprender las palabras del Apóstol, es decir, que la creación espera con impaciencia la revelación de los hijos de Dios, para ser libre y alcanzar su esplendor.

Queridos amigos, nosotros queremos ser esos hijos de Dios que la creación espera, y podemos serlo, porque en el bautismo el Señor nos ha hecho tales. Sí, la creación y la historia nos esperan; esperan hombres y mujeres que sean de verdad hijos de Dios y actúen en consecuencia. Si repasamos la historia, vemos que la creación pudo prosperar en torno a los monasterios, del mismo modo que con el despertar del Espíritu de Dios en el corazón de los hombres ha vuelto el fulgor del Espíritu Creador también a la tierra, un esplendor que había quedado oscurecido y a veces casi apagado por la barbarie del afán humano de poder. Y de nuevo sucede lo mismo en torno a Francisco de Asís. Y acontece en cualquier lugar donde llega a las almas el Espíritu de Dios, el Espíritu que nuestro himno define como luz, amor y vigor.

Así hemos encontrado una primera respuesta a la pregunta de qué es el Espíritu Santo, qué hace y cómo podemos reconocerlo. Sale a nuestro encuentro a través de la creación y su belleza. Sin embargo, a lo largo de la historia de los hombres, la creación buena de Dios ha quedado cubierta con una gruesa capa de suciedad, que hace difícil, por no decir imposible, reconocer en ella el reflejo del Creador; aunque ante un ocaso en el mar, durante una excursión a la montaña o ante una flor abierta, se despierta en nosotros siempre de nuevo, casi espontáneamente, la conciencia de la existencia del Creador.

Pero el Espíritu Creador viene en nuestra ayuda. Ha entrado en la historia y así nos habla de un modo nuevo. En Jesucristo Dios mismo se hizo hombre y nos concedió, por decirlo así, contemplar en cierto modo la intimidad de Dios mismo. Y allí vemos algo totalmente inesperado: en Dios existe un «Yo» y un «Tú». El Dios misterioso no es una soledad infinita; es un acontecimiento de amor. Si al contemplar la creación pensamos que podemos vislumbrar al Espíritu Creador, a Dios mismo, casi como matemática creadora, como poder que forja las leyes del mundo y su orden, pero luego también como belleza, ahora llegamos a saber que el Espíritu Creador tiene un corazón. Es Amor.

Existe el Hijo que habla con el Padre. Y ambos son uno en el Espíritu, que es, por decirlo así, la atmósfera del dar y del amar que hace de ellos un único Dios. Esta unidad

de amor, que es Dios, es una unidad mucho más sublime de lo que podría ser la unidad de una última partícula indivisible. Precisamente el Dios trino es el único Dios.

A través de Jesús, por decirlo así, penetra nuestra mirada en la intimidad de Dios. San Juan, en su evangelio, lo expresó de este modo: «A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, Él lo ha revelado» (*Jn* 1, 18). Pero Jesús no solo nos ha permitido penetrar con nuestra mirada en la intimidad de Dios; con él Dios, de alguna manera, salió también de su intimidad y vino a nuestro encuentro. Esto se realiza ante todo en su vida, pasión, muerte y resurrección; en su palabra. Pero Jesús no se contenta con salir a nuestro encuentro. Quiere más. Quiere unificación. Y este es el significado de las imágenes del banquete y de las bodas. Nosotros no solo debemos saber algo de él; además, mediante él mismo, debemos ser atraídos hacia Dios. Por eso él debe morir y resucitar, porque ahora ya no se encuentra en un lugar determinado, sino que su Espíritu, el Espíritu Santo, ya emana de él y entra en nuestro corazón, uniéndonos así con Jesús mismo y con el Padre, con el Dios uno y trino.

Pentecostés es esto: Jesús, y, mediante Él, Dios mismo viene a nosotros y nos atrae dentro de sí. «Él manda el Espíritu Santo», dice la Escritura. ¿Cuál es su efecto? Ante todo, quisiera poner de relieve dos aspectos: el Espíritu Santo, a través del cual Dios viene a nosotros, nos trae vida y libertad. Miremos ambas cosas un poco más de cerca. «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia», dice Jesús en el evangelio de san Juan (*Jn* 10, 10). Todos anhelamos vida y libertad. Pero ¿qué es esto?, ¿dónde y cómo encontramos la «vida»?

Yo creo que, espontáneamente, la inmensa mayoría de los hombres tiene el mismo concepto de vida que el hijo pródigo del evangelio. Había logrado que le entregaran su parte de la herencia y ahora se sentía libre; quería por fin vivir ya sin el peso de los deberes de casa; quería solo vivir, recibir de la vida todo lo que puede ofrecer; gozar totalmente de la vida; vivir, solo vivir; beber de la abundancia de la vida, sin renunciar a nada de lo bueno que pueda ofrecer. Al final acabó cuidando cerdos, envidiando incluso a esos animales. ¡Qué vacía y vana había resultado su vida! Y también había resultado vana su libertad.

¿Acaso no sucede lo mismo también hoy? Cuando solo se quiere ser dueño de la vida, esta se hace cada vez más vacía, más pobre; fácilmente se acaba por buscar la evasión en la droga, en el gran engaño. Y surge la duda de si de verdad vivir es, en definitiva, un bien. No. De este modo no encontramos la vida.

Las palabras de Jesús sobre la vida en abundancia se encuentran en el discurso del buen pastor. Esas palabras se sitúan en un doble contexto. Sobre el pastor, Jesús nos dice que da su vida. «Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente» (cfr. *Jn* 10, 18). Solo se encuentra la vida dándola; no se la encuentra tratando de apoderarse de ella. Esto es lo que debemos aprender de Cristo; y esto es lo que nos enseña el Espíritu Santo, que es puro don, que es el donarse de Dios. Cuanto más da uno su vida por los demás, por el bien mismo, tanto más abundantemente fluye el río de la vida.

En segundo lugar, el Señor nos dice que la vida se tiene estando con el Pastor, que conoce el pastizal, los lugares donde manan las fuentes de la vida. Encontramos la vida en la comunión con Aquel que es la vida en persona; en la comunión con el Dios vivo, una comunión en la que nos introduce el Espíritu Santo, al que el himno de las Vísperas llama «fons vivus», fuente viva. El pastizal, donde manan las fuentes de la vida, es la palabra de Dios como la encontramos en la Escritura, en la fe de la Iglesia. El pastizal es Dios mismo a quien, en la comunión de la fe, aprendemos a conocer mediante la fuerza del Espíritu Santo.

Queridos amigos, los Movimientos han nacido precisamente de la sed de la vida verdadera, son Movimientos por la vida en todos sus aspectos. Donde ya no fluye la verdadera fuente de la vida, donde solo se apoderan de la vida en vez de darla, allí está en peligro incluso la vida de los demás; allí están dispuestos a eliminar la vida inerme del que aún no ha nacido, porque parece que les quita espacio a su propia vida. Si queremos proteger la vida, entonces debemos sobre todo volver a encontrar la fuente de la vida; entonces la vida misma debe volver a brotar con toda su belleza y sublimidad; entonces debemos dejarnos vivificar por el Espíritu Santo, la fuente creadora de la vida.

Al tema de la libertad ya aludimos hace poco. En la partida del hijo pródigo se unen precisamente los temas de la vida y de la libertad. Quiere la vida y por eso quiere ser totalmente libre. Ser libre significa, según esta concepción, poder hacer todo lo que se quiera, no tener que aceptar ningún criterio fuera y por encima de mí mismo, seguir únicamente mi deseo y mi voluntad. Quien vive así, pronto se enfrentará con los otros que quieren vivir de la misma manera. La consecuencia necesaria de esta concepción egoísta de la libertad es la violencia, la destrucción mutua de la libertad y de la vida.

La Sagrada Escritura, por el contrario, une el concepto de libertad con el de filiación. Dice san Pablo: «No habéis recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!» (*Rm* 8, 15).

¿Qué significa esto? San Pablo presupone el sistema social del mundo antiguo, en el que existían los esclavos, los cuales no tenían nada y por eso no podían intervenir para hacer que las cosas funcionaran como debían. En contraposición estaban los hijos, los cuales eran también los herederos y, por eso, se preocupaban de la conservación y de la buena administración de sus propiedades o de la conservación del Estado. Dado que eran libres, tenían también una responsabilidad. Prescindiendo del contexto sociológico de aquel tiempo, vale siempre el principio: libertad y responsabilidad van juntas. La verdadera libertad se demuestra en la responsabilidad, en un modo de actuar que asume la corresponsabilidad con respecto al mundo, con respecto a sí mismos y con respecto a los demás.

Es libre el hijo, al que pertenece la cosa y que por eso no permite que sea destruida. Ahora bien, todas las responsabilidades mundanas, de las que hemos hablado, son responsabilidades parciales, pues afectan solo a un ámbito determinado, a un Estado determinado, etc. En cambio, el Espíritu Santo nos hace hijos e hijas de Dios. Nos

compromete en la misma responsabilidad de Dios con respecto a su mundo, a la humanidad entera. Nos enseña a mirar al mundo, a los demás y a nosotros mismos con los ojos de Dios.

Nosotros hacemos el bien no como esclavos, que no son libres de obrar de otra manera, sino que lo hacemos porque tenemos personalmente la responsabilidad con respecto al mundo; porque amamos la verdad y el bien, porque amamos a Dios mismo y, por tanto, también a sus criaturas. Esta es la libertad verdadera, a la que el Espíritu Santo quiere llevarnos.

Los Movimientos eclesiales quieren y deben ser escuelas de libertad, de esta libertad verdadera. Allí queremos aprender esta verdadera libertad, no la de los esclavos, que busca quedarse con una parte del pastel de todos, aunque luego el otro no tenga. Nosotros deseamos la libertad verdadera y grande, la de los herederos, la libertad de los hijos de Dios. En este mundo, tan lleno de libertades ficticias que destruyen el ambiente y al hombre, con la fuerza del Espíritu Santo queremos aprender juntos la libertad verdadera; construir escuelas de libertad; demostrar a los demás, con la vida, que somos libres y que es muy hermoso ser realmente libres con la verdadera libertad de los hijos de Dios.

El Espíritu Santo, al dar vida y libertad, da también unidad. Son tres dones inseparables entre sí. Ya he hablado demasiado tiempo; pero permitidme decir aún unas palabras sobre la unidad. Para comprenderla puede ser útil una frase que, en un primer momento, parece más bien alejarnos de ella. A Nicodemo que, buscando la verdad, va de noche con sus preguntas, Jesús le dice: «El Espíritu sopla donde quiere» (*Jn* 3, 8). Pero la voluntad del Espíritu no es arbitraria. Es la voluntad de la verdad y del bien. Por eso no sopla por cualquier parte, girando una vez por acá y otra vez por allá; su soplo no nos dispersa, sino que nos reúne, porque la verdad une y el amor une.

El Espíritu Santo es el Espíritu de Jesucristo, el Espíritu que une al Padre y al Hijo en el Amor que en el único Dios da y acoge. Él nos une de tal manera, que san Pablo pudo decir en cierta ocasión: «Todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (*Ga* 3, 28). El Espíritu Santo, con su soplo, nos impulsa hacia Cristo. El Espíritu Santo actúa corporalmente, no solo obra subjetivamente, «espiritualmente». A los discípulos que lo consideraban solo un «espíritu», Cristo resucitado les dijo: «Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu –un fantasma– no tiene carne y huesos como veis que yo tengo» (*Lc* 24, 39). Esto vale para Cristo resucitado en cualquier época de la historia.

Cristo resucitado no es un fantasma; no es solo un espíritu, no es solo un pensamiento, no es solo una idea. Sigue siendo el Encarnado. Resucitó el que asumió nuestra carne, y sigue siempre edificando su Cuerpo, haciendo de nosotros su Cuerpo. El Espíritu sopla donde quiere, y su voluntad es la unidad hecha cuerpo, la unidad que encuentra el mundo y lo transforma.

En la carta a los Efesios, san Pablo nos dice que este Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, tiene junturas (cfr. *Ef* 4, 16) y también las nombra: son los apóstoles, los

profetas, los evangelistas, los pastores y los maestros (cfr. *Ef* 4, 12). El Espíritu es multiforme en sus dones, como lo vemos aquí.

Si repasamos la historia, si contemplamos esta asamblea reunida en la plaza de San Pedro, nos damos cuenta de que Él suscita siempre nuevos dones. Vemos cuán diversos son los órganos que crea y cómo Él actúa corporalmente siempre de nuevo. Pero en Él la multiplicidad y la unidad van juntas. Él sopla donde quiere. Lo hace de modo inesperado, en lugares inesperados y en formas nunca antes imaginadas. Y ¡con cuánta multiformidad y corporeidad lo hace!

Y también es precisamente aquí donde la multiformidad y la unidad son inseparables entre sí. Él quiere vuestra multiformidad y os quiere para el único cuerpo, en la unión con los órdenes duraderos –las junturas– de la Iglesia, con los sucesores de los Apóstoles y con el Sucesor de san Pedro. No nos evita el esfuerzo de aprender el modo de relacionarnos mutuamente; pero nos demuestra también que él actúa con miras al único cuerpo y a la unidad del único cuerpo. Solo así precisamente la unidad logra su fuerza y su belleza.

Participad en la edificación del único cuerpo. Los pastores estarán atentos a no apagar el Espíritu (cfr. *1 Ts* 5, 19) y vosotros aportaréis vuestros dones a la comunidad entera. Una vez más: el Espíritu Santo sopla donde quiere, pero su voluntad es la unidad. Él nos conduce a Cristo, a su Cuerpo. «De Cristo –nos dice san Pablo– todo el Cuerpo recibe trabazón y cohesión por medio de toda clase de junturas que llevan la nutrición según la actividad propia de cada una de las partes, realizando así el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor» (*Ef* 4, 16).

El Espíritu Santo quiere la unidad, quiere la totalidad. Por eso, su presencia se demuestra finalmente también en el impulso misionero. Quien ha encontrado algo verdadero, hermoso y bueno en su vida –el único auténtico tesoro, la perla preciosa– corre a compartirlo por doquier, en la familia y en el trabajo, en todos los ámbitos de su existencia. Lo hace sin temor alguno, porque sabe que ha recibido la filiación adoptiva; sin ninguna presunción, porque todo es don; sin desalentarse, porque el Espíritu de Dios precede a su acción en el «corazón» de los hombres y como semilla en las culturas y religiones más diversas. Lo hace sin confines, porque es portador de una buena nueva destinada a todos los hombres, a todos los pueblos.

Queridos amigos, os pido que seáis, aún más, mucho más, colaboradores en el ministerio apostólico universal del Papa, abriendo las puertas a Cristo. Este es el mejor servicio de la Iglesia a los hombres y de modo muy especial a los pobres, para que la vida de la persona, un orden más justo en la sociedad y la convivencia pacífica entre las naciones, encuentren en Cristo la «piedra angular» sobre la cual construir la auténtica civilización, la civilización del amor. El Espíritu Santo da a los creyentes una visión superior del mundo, de la vida, de la historia y los hace custodios de la esperanza que no defrauda.

Así pues, oremos a Dios Padre, por nuestro Señor Jesucristo, en la gracia del Espíritu Santo, para que la celebración de la solemnidad de Pentecostés sea como fuego ardiente

y viento impetuoso para la vida cristiana y para la misión de toda la Iglesia.

Pongo las intenciones de vuestros Movimientos y comunidades en el corazón de la santísima Virgen María, presente en el Cenáculo juntamente con los Apóstoles; que ella interceda para que se hagan realidad. Sobre todos vosotros invoco la efusión de los dones del Espíritu, a fin de que también en nuestro tiempo se realice la experiencia de un nuevo Pentecostés. Amén.

---

* Plaza de San Pedro, 3-VI-2006 (Vísperas en la Vigilia de Pentecostés a la que asistieron representantes de movimientos y nuevas comunidades eclesiales).

## III. EL ESPÍRITU DE LA UNIDAD*

En el día de Pentecostés el Espíritu Santo descendió con fuerza sobre los Apóstoles; así comenzó la misión de la Iglesia en el mundo. Jesús mismo había preparado a los Once para esta misión al aparecérseles en varias ocasiones después de la resurrección (cfr. *Hch* 1, 3). Antes de la ascensión al cielo, «les mandó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la Promesa del Padre» (cfr. *Hch* 1, 4-5); es decir, les pidió que permanecieran juntos para prepararse a recibir el don del Espíritu Santo. Y ellos
se reunieron en oración con María en el Cenáculo, en espera de ese acontecimiento prometido (cfr. *Hch* 1, 14).

Permanecer juntos fue la condición que puso Jesús para acoger el don del Espíritu Santo; presupuesto de su concordia fue una oración prolongada. Así nos da una magnífica lección para toda comunidad cristiana. A veces se piensa que la eficacia misionera depende principalmente de una esmerada programación y de su sucesiva aplicación inteligente mediante un compromiso concreto. Ciertamente, el Señor pide nuestra colaboración, pero antes de cualquier respuesta nuestra se necesita su iniciativa: su Espíritu es el verdadero protagonista de la Iglesia. Las raíces de nuestro ser y de nuestro obrar están en el silencio sabio y providente de Dios.

Las imágenes que utiliza san Lucas para indicar la irrupción del Espíritu Santo –el viento y el fuego– aluden al Sinaí, donde Dios se había revelado al pueblo de Israel y le había concedido su alianza (cfr. *Ex* 19, 3 ss). La fiesta del Sinaí, que Israel celebraba cincuenta días después de la Pascua, era la fiesta del Pacto. Al hablar de lenguas de fuego (cfr. *Hch* 2, 3), san Lucas quiere presentar Pentecostés como un nuevo Sinaí, como la fiesta del nuevo Pacto, en el que la alianza con Israel se extiende a todos los pueblos de la tierra. La Iglesia es católica y misionera desde su nacimiento. La universalidad de la salvación se pone significativamente de relieve mediante la lista de las numerosas etnias a las que pertenecen quienes escuchan el primer anuncio de los Apóstoles (cfr. *Hch* 2, 9-11).

El pueblo de Dios, que había encontrado en el Sinaí su primera configuración, se amplía hoy hasta superar toda frontera de raza, cultura, espacio y tiempo. A diferencia de lo que sucedió con la torre de Babel (cfr. *Gn* 11, 1-9), cuando los hombres, que querían construir con sus manos un camino hacia el cielo, habían acabado por destruir su misma capacidad de comprenderse recíprocamente, en Pentecostés el Espíritu, con el don de las lenguas, muestra que su presencia une y transforma la confusión en comunión. El orgullo y el egoísmo del hombre siempre crean divisiones, levantan muros de indiferencia, de odio y de violencia. El Espíritu Santo, por el contrario, capacita a los corazones para

comprender las lenguas de todos, porque reconstruye el puente de la auténtica comunicación entre la tierra y el cielo. El Espíritu Santo es el Amor.

Pero ¿cómo entrar en el misterio del Espíritu Santo? ¿Cómo comprender el secreto del Amor? El pasaje evangélico de hoy nos lleva al Cenáculo donde, terminada la última Cena, los Apóstoles se sienten tristes y desconcertados. El motivo es que las palabras de Jesús suscitan interrogantes inquietantes: habla del odio del mundo hacia Él y hacia los suyos, habla de su misteriosa partida y queda todavía mucho por decir, pero por el momento los Apóstoles no pueden soportar esa carga (cfr. *Jn* 16, 12). Para consolarlos les explica el significado de su partida: se irá, pero volverá; mientras tanto no los abandonará, no los dejará huérfanos. Enviará al Consolador, al Espíritu del Padre, y será el Espíritu quien les dará a conocer que la obra de Cristo es obra de amor: amor de él que se ha entregado y amor del Padre que lo ha dado.

Este es el misterio de Pentecostés: el Espíritu Santo ilumina el corazón humano y, al revelar a Cristo crucificado y resucitado, indica el camino para llegar a ser más semejantes a Él, o sea, ser «expresión e instrumento del amor que proviene de él» (*Deus caritas est*, 33). Reunida con María, como en su nacimiento, la Iglesia hoy implora: «Veni, Sancte Spiritus!», «¡Ven, Espíritu Santo! Llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor». Amén.

---

* Plaza de San Pedro, 4-VI-2006.

# IV. LA NATURALEZA DE LA IGLESIA*

Celebramos hoy la gran fiesta de Pentecostés, en la que la liturgia nos hace revivir el nacimiento de la Iglesia, tal como lo relata san Lucas en el libro de los *Hechos de los Apóstoles* (*Hch* 2, 1-13). Cincuenta días después de la Pascua, el Espíritu Santo descendió sobre la comunidad de los discípulos, que «perseveraban concordes en la oración en común» junto con «María, la madre de Jesús», y con los doce Apóstoles (cfr. *Hch* 1, 14; 2, 1). Por tanto, podemos decir que la Iglesia tuvo su inicio solemne con la venida del Espíritu Santo.

En ese extraordinario acontecimiento encontramos las notas esenciales y características de la Iglesia: la Iglesia es una, como la comunidad de Pentecostés, que estaba unida en oración y era «concorde»: «tenía un solo corazón y una sola alma» (*Hch* 4, 32). La Iglesia es santa, no por sus méritos, sino porque, animada por el Espíritu Santo, mantiene fija su mirada en Cristo, para conformarse a Él y a su amor. La Iglesia es católica, porque el Evangelio está destinado a todos los pueblos y por eso, ya en el comienzo, el Espíritu Santo hace que hable todas las lenguas. La Iglesia es apostólica, porque, edificada sobre el fundamento de los Apóstoles, custodia fielmente su enseñanza a través de la cadena ininterrumpida de la sucesión episcopal.

La Iglesia, además, por su misma naturaleza, es misionera, y desde el día de Pentecostés el Espíritu Santo no cesa de impulsarla por los caminos del mundo, hasta los últimos confines de la tierra y hasta el fin de los tiempos. Esta realidad, que podemos comprobar en todas las épocas, ya está anticipada en el libro de los Hechos, donde se describe el paso del Evangelio de los judíos a los paganos, de Jerusalén a Roma. Roma indica el mundo de los paganos y así todos los pueblos que están fuera del antiguo pueblo de Dios. Efectivamente, los Hechos concluyen con la llegada del Evangelio a Roma. Por eso, se puede decir que Roma es el nombre concreto de la catolicidad y de la realidad misionera; expresa la fidelidad a los orígenes, a la Iglesia de todos los tiempos, a una Iglesia que habla todas las lenguas y sale al encuentro de todas las culturas.

Queridos hermanos y hermanas, el primer Pentecostés tuvo lugar cuando María santísima estaba presente en medio de los discípulos en el Cenáculo de Jerusalén y oraba. También hoy nos encomendamos a su intercesión materna, para que el Espíritu Santo venga con abundancia sobre la Iglesia de nuestro tiempo, llene el corazón de todos los fieles y encienda en ellos, en nosotros, el fuego de su amor.

---

* Plaza de San Pedro, 27-V-2007 (Regina Cæli).

# V. LA IGLESIA COMO «SOCIEDAD DEL ESPÍRITU»*

San Lucas pone en el capítulo segundo de los *Hechos de los Apóstoles* el relato del acontecimiento de Pentecostés, que hemos escuchado en la primera lectura. Introduce el capítulo con la expresión: «Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar» (*Hch* 2, 1). Son palabras que se refieren al cuadro precedente, en el que san Lucas había descrito la pequeña comunidad de discípulos, que se reunía asiduamente en Jerusalén después de la Ascensión de Jesús al cielo (cfr. *Hch* 1, 12-14). Es una descripción muy detallada: el lugar «donde vivían» –el Cenáculo– es un ambiente en la «estancia superior». A los once Apóstoles se les menciona por su nombre, y los tres primeros son Pedro, Juan y Santiago, las «columnas» de la comunidad. Juntamente con ellos se menciona a «algunas mujeres», a «María, la madre de Jesús» y a «sus hermanos», integrados en esta nueva familia, que ya no se basa en vínculos de sangre, sino en la fe en Cristo.

A este «nuevo Israel» alude claramente el número total de las personas, que era de «unos ciento veinte», múltiplo del «doce» del Colegio apostólico. El grupo constituye una auténtica *qahal*, una «asamblea» según el modelo de la primera Alianza, la comunidad convocada para escuchar la voz del Señor y seguir sus caminos. El libro de los Hechos subraya que «todos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu» (*Hch* 1, 14). Por tanto, la oración es la principal actividad de la Iglesia naciente, mediante la cual recibe su unidad del Señor y se deja guiar por su voluntad, como lo demuestra también la decisión de echar a suerte la elección del que debía ocupar el lugar de Judas (cfr. *Hch* 1, 25).

Esta comunidad se encontraba reunida en el mismo lugar, el Cenáculo, durante la mañana de la fiesta judía de Pentecostés, fiesta de la Alianza, en la que se conmemoraba el acontecimiento del Sinaí, cuando Dios, mediante Moisés, propuso a Israel que se convirtiera en su propiedad de entre todos los pueblos, para ser signo de su santidad (cfr. *Ex* 19). Según el libro del Éxodo, ese antiguo pacto fue acompañado por una formidable manifestación de fuerza por parte del Señor: «Todo el monte Sinaí humeaba –se lee en ese pasaje–, porque el Señor había descendido sobre él en el fuego. Subía el humo como de un horno, y todo el monte retemblaba con violencia» (*Ex* 19, 18).

En el Pentecostés del Nuevo Testamento volvemos a encontrar los elementos del viento y del fuego, pero sin las resonancias de miedo. En particular, el fuego toma la forma de lenguas que se posan sobre cada uno de los discípulos, todos los cuales «se llenaron de Espíritu Santo» y, por efecto de dicha efusión, «empezaron a hablar en lenguas extranjeras» (*Hch* 2, 4). Se trata de un verdadero «bautismo» de fuego de la

comunidad, una especie de nueva creación. En Pentecostés, la Iglesia no es constituida por una voluntad humana, sino por la fuerza del Espíritu de Dios. Inmediatamente se ve cómo este Espíritu da vida a una comunidad que es al mismo tiempo una y universal, superando así la maldición de Babel (cfr. *Gn* 11, 7-9). En efecto, solo el Espíritu Santo, que crea unidad en el amor y en la aceptación recíproca de la diversidad, puede liberar a la humanidad de la constante tentación de una voluntad de potencia terrena que quiere dominar y uniformar todo.

En uno de sus sermones, san Agustín llama a la Iglesia «Societas Spiritus», sociedad del Espíritu (*Serm.* 71, 19, 32: PL 38, 462). Pero ya antes de él san Ireneo había formulado una verdad que quiero recordar aquí: «Donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios, y donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda gracia, y el Espíritu es la verdad; alejarse de la Iglesia significa rechazar al Espíritu» y por eso «excluirse de la vida» (*Adv. haer*. III, 24, 1).

A partir del acontecimiento de Pentecostés se manifiesta plenamente esta unión entre el Espíritu de Cristo y su Cuerpo místico, es decir, la Iglesia. Quiero comentar un aspecto peculiar de la acción del Espíritu Santo, es decir, la relación entre multiplicidad y unidad. De esto habla la segunda lectura, tratando de la armonía de los diversos carismas en la comunión del mismo Espíritu. Pero, ya en el relato de los Hechos que hemos escuchado, esta relación se manifiesta con extraordinaria evidencia.

En el acontecimiento de Pentecostés resulta evidente que a la Iglesia pertenecen múltiples lenguas y culturas diversas; en la fe pueden comprenderse y fecundarse recíprocamente. San Lucas quiere transmitir claramente una idea fundamental: en el acto mismo de su nacimiento la Iglesia ya es «católica», universal. Habla desde el principio todas las lenguas, porque el Evangelio que se le ha confiado está destinado a todos los pueblos, según la voluntad y el mandato de Cristo resucitado (cfr. *Mt* 28, 19).

La Iglesia que nace en Pentecostés, ante todo, no es una comunidad particular –la Iglesia de Jerusalén–, sino la Iglesia universal, que habla las lenguas de todos los pueblos. De ella nacerán luego otras comunidades en todas las partes del mundo, Iglesias particulares que son todas y siempre actuaciones de una sola y única Iglesia de Cristo. Por tanto, la Iglesia católica no es una federación de Iglesias, sino una única realidad: la prioridad ontológica corresponde a la Iglesia universal. Una comunidad que no fuera católica en este sentido, ni siquiera sería Iglesia.

A este respecto, es preciso añadir otro aspecto: el de la visión teológica de los *Hechos de los Apóstoles* sobre el camino de la Iglesia de Jerusalén a Roma. Entre los pueblos representados en Jerusalén el día de Pentecostés san Lucas cita a los «forasteros de Roma» (*Hch* 2, 10). En ese momento, Roma era aún lejana, era «forastera» para la Iglesia naciente: era símbolo del mundo pagano en general. Pero la fuerza del Espíritu Santo guiará los pasos de los testigos «hasta los confines de la tierra» (*Hch* 1, 8), hasta Roma. El libro de los *Hechos de los Apóstoles* termina precisamente cuando san Pablo, por un designio providencial, llega a la capital del imperio y allí anuncia el Evangelio (cfr. *Hch* 28, 30-31). Así, el camino de la palabra de Dios, iniciado en Jerusalén, llega a su

meta, porque Roma representa el mundo entero y por eso encarna la idea de catolicidad de san Lucas. Se ha realizado la Iglesia universal, la Iglesia católica, que es la continuación del pueblo de la elección, y hace suya su historia y su misión.

Llegados a este punto, y para concluir, el evangelio de san Juan nos presenta una palabra que armoniza muy bien con el misterio de la Iglesia creada por el Espíritu. La palabra que Jesús resucitado pronunció dos veces cuando se apareció en medio de los discípulos en el Cenáculo, al anochecer de Pascua: «Shalom», «Paz a vosotros» (*Jn* 20, 19. 21). La palabra *shalom* no es un simple saludo; es mucho más: es el don de la paz prometida (cfr. *Jn* 14, 27) y conquistada por Jesús al precio de su sangre; es el fruto de su victoria en la lucha contra el espíritu del mal. Así pues, es una paz «no como la da el mundo», sino como solo Dios puede darla.

En esta fiesta del Espíritu y de la Iglesia queremos dar gracias a Dios por haber concedido a su pueblo, elegido y formado en medio de todos los pueblos, el bien inestimable de la paz, de su paz. Al mismo tiempo, renovamos la toma de conciencia de la responsabilidad que va unida a este don: responsabilidad de la Iglesia de ser constitucionalmente signo e instrumento de la paz de Dios para todos los pueblos. Traté de transmitir este mensaje cuando visité recientemente la sede de la ONU para dirigir mi palabra a los representantes de los pueblos. Pero no se debe pensar solo en estos acontecimientos «en la cumbre». La Iglesia presta su servicio a la paz de Cristo sobre todo con su presencia y su acción ordinaria en medio de los hombres, con la predicación del Evangelio y con los signos de amor y de misericordia que la acompañan (cfr. *Mc* 16, 20).

Entre estos signos hay que subrayar, naturalmente, el sacramento de la Reconciliación, que Cristo resucitado instituyó en el mismo momento en el que dio a los discípulos su paz y su Espíritu. Como hemos escuchado en la página evangélica, Jesús exhaló su aliento sobre los Apóstoles y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (*Jn* 20, 21-23).

¡Cuán importante y por desgracia no suficien-temente comprendido es el don de la Reconciliación, que pacifica los corazones! La paz de Cristo solo se difunde a través del corazón renovado de hombres y mujeres reconciliados y convertidos en servidores de la justicia, dispuestos a difundir en el mundo la paz únicamente con la fuerza de la verdad, sin componendas con la mentalidad del mundo, porque el mundo no puede dar la paz de Cristo. Así la Iglesia puede ser fermento de la reconciliación que viene de Dios. Solo puede serlo si permanece dócil al Espíritu y da testimonio del Evangelio; solo si lleva la cruz como Jesús y con Jesús. ¡Precisamente esto es lo que testimonian los santos y las santas de todos los tiempos!

Queridos hermanos y hermanas, a la luz de esta Palabra de vida, ha de ser aún más ferviente e intensa la oración que hoy elevamos a Dios en unión espiritual con la Virgen María. Que la Virgen de la escucha, la Madre de la Iglesia, obtenga para nuestras

comunidades y para todos los cristianos una renovada efusión del Espíritu Santo Paráclito.

«Emitte Spiritum tuum et creabuntur, et renovabis faciem terrae», «Envía tu Espíritu, Señor, todo se volverá a crear y renovarás la faz de la tierra». Amén.

---

* Basílica de San Pedro, 11-V-2008.

# VI. EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO*

Celebramos hoy la solemnidad de Pentecostés, antigua fiesta judía en la que se recordaba la Alianza sellada por Dios con su pueblo en el monte Sinaí (cfr. *Ex* 19). Se convirtió también en fiesta cristiana precisamente por lo que sucedió en esa ocasión, cincuenta días después de la Pascua de Jesús. Leemos en los *Hechos de los Apóstoles* que los discípulos estaban reunidos en oración en el Cenáculo cuando descendió sobre ellos con fuerza el Espíritu Santo, como viento y fuego. Entonces se lanzaron a anunciar en muchas lenguas la buena nueva de la resurrección de Cristo (cfr. *Hch* 2, 1-4). Ese fue el «bautismo en el Espíritu Santo», que había sido anunciado por Juan Bautista: «Yo os bautizo en agua –decía a las multitudes–, pero Aquel que viene detrás de mí es más fuerte que yo. (...) Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego» (*Mt* 3, 11).

En efecto, toda la misión de Jesús estaba orientada a donar el Espíritu de Dios a los hombres y a bautizarlos en su «baño» de regeneración. Esto se realizó con su glorificación (cfr. *Jn* 7, 39), es decir, mediante su muerte y resurrección. Entonces el Espíritu de Dios se derramó de modo sobreabundante, como una cascada capaz de purificar todos los corazones, de apagar el incendio del mal y de encender en el mundo el fuego del amor divino.

Los *Hechos de los Apóstoles* presentan Pentecostés como cumplimiento de esa promesa y, por tanto, como coronamiento de toda la misión de Jesús. Él mismo, después de su resurrección, ordenó a los discípulos que permanecieran en Jerusalén, porque –dijo– «vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días» (*Hch* 1, 5); y añadió: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra» (*Hch* 1, 8).

Por tanto, Pentecostés es, de modo especial, el bautismo de la Iglesia que emprende su misión universal comenzando por las calles de Jerusalén, con la prodigiosa predicación en las diversas lenguas de la humanidad. En este bautismo de Espíritu Santo son inseparables las dimensiones personal y comunitaria, el «yo» del discípulo y el «nosotros» de la Iglesia. El Espíritu consagra a la persona y, al mismo tiempo, la convierte en miembro vivo del Cuerpo místico de Cristo, partícipe de la misión de testimoniar su amor. Y esto se realiza mediante los sacramentos de la iniciación cristiana: el Bautismo y la Confirmación.

En mi Mensaje para la próxima Jornada mundial de la juventud de 2008 propuse a los jóvenes que redescubran la presencia del Espíritu Santo en su vida y, por tanto, la importancia de estos sacramentos. Hoy quisiera extender esta invitación a todos:

redescubramos, queridos hermanos y hermanas, la belleza de haber sido bautizados en el Espíritu Santo; volvamos a tomar conciencia de nuestro Bautismo y de nuestra Confirmación, manantiales de gracia siempre actual.

Pidamos a la Virgen María que obtenga también hoy para la Iglesia un renovado Pentecostés, que infunda en todos, de modo especial en los jóvenes, la alegría de vivir y testimoniar el Evangelio.

---

* Plaza de San Pedro, 11-V-2008 (Regina Cæli).

# VII. FUEGO SOBRE LA TIERRA*

Cada vez que celebramos la Eucaristía vivimos en la fe el misterio que se realiza en el altar; es decir, participamos en el acto supremo de amor que Cristo realizó con su muerte y su resurrección. El único y mismo centro de la liturgia y de la vida cristiana –el misterio pascual–, en las diversas solemnidades y fiestas asume «formas» específicas, con nuevos significados y con dones particulares de gracia. Entre todas las solemnidades Pentecostés destaca por su importancia, pues en ella se realiza lo que Jesús mismo anunció como finalidad de toda su misión en la tierra. En efecto, mientras subía a Jerusalén, declaró a los discípulos: «He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!» (*Lc* 12, 49). Estas palabras se cumplieron de la forma más evidente cincuenta días después de la resurrección, en Pentecostés, antigua fiesta judía que en la Iglesia ha llegado a ser la fiesta por excelencia del Espíritu Santo: «Se les aparecieron unas lenguas como de fuego (...) y quedaron todos llenos del Espíritu Santo» (*Hch* 2, 3-4). Cristo trajo a la tierra el fuego verdadero, el Espíritu Santo. No se lo arrebató a los dioses, como hizo Prometeo, según el mito griego, sino que se hizo mediador del «don de Dios» obteniéndolo para nosotros con el mayor acto de amor de la historia: su muerte en la cruz.

Dios quiere seguir dando este «fuego» a toda generación humana y, naturalmente, es libre de hacerlo como quiera y cuando quiera. Él es espíritu, y el espíritu «sopla donde quiere» (cfr. *Jn* 3, 8). Sin embargo, hay un «camino normal» que Dios mismo ha elegido para «arrojar el fuego sobre la tierra»: este camino es Jesús, su Hijo unigénito encarnado, muerto y resucitado. A su vez, Jesucristo constituyó la Iglesia como su Cuerpo místico, para que prolongue su misión en la historia. «Recibid el Espíritu Santo», dijo el Señor a los Apóstoles la tarde de la Resurrección, acompañando estas palabras con un gesto expresivo: «sopló» sobre ellos (cfr. *Jn* 20, 22). Así manifestó que les transmitía su Espíritu, el Espíritu del Padre y del Hijo.

Ahora, queridos hermanos y hermanas, en esta solemnidad, la Escritura nos dice una vez más cómo debe ser la comunidad, cómo debemos ser nosotros, para recibir el don del Espíritu Santo. En el relato que describe el acontecimiento de Pentecostés, el autor sagrado recuerda que los discípulos «estaban todos reunidos en un mismo lugar». Este «lugar» es el Cenáculo, la «sala grande en el piso superior» (cfr. *Mc* 14, 15) donde Jesús había celebrado con sus discípulos la Última Cena, donde se les había aparecido después de su resurrección; esa sala se había convertido, por decirlo así, en la «sede» de la Iglesia naciente (cfr. *Hch* 1, 13). Sin embargo, los *Hechos de los Apóstoles,* más que insistir en el lugar físico, quieren poner de relieve la actitud interior de los discípulos: «Todos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu» (*Hch* 1, 14). Por consiguiente, la

concordia de los discípulos es la condición para que venga el Espíritu Santo; y la concordia presupone la oración.

Esto, queridos hermanos y hermanas, vale también para la Iglesia hoy; vale para nosotros, que estamos aquí reunidos. Si queremos que Pentecostés no se reduzca a un simple rito o a una conmemoración, aunque sea sugestiva, sino que sea un acontecimiento actual de salvación, debemos disponernos con religiosa espera a recibir el don de Dios mediante la humilde y silenciosa escucha de su Palabra. Para que Pentecostés se renueve en nuestro tiempo, tal vez es necesario –sin quitar nada a la libertad de Dios– que la Iglesia esté menos «ajetreada» en actividades y más dedicada a la oración.

Nos lo enseña la Madre de la Iglesia, María santísima, Esposa del Espíritu Santo. Este año Pentecostés cae precisamente el último día de mayo, en el que de ordinario se celebra la fiesta de la Visitación. También la Visitación fue una especie de pequeño «pentecostés», que hizo brotar el gozo y la alabanza en el corazón de Isabel y en el de María, una estéril y la otra virgen, ambas convertidas en madres por una intervención divina extraordinaria (cfr. *Lc* 1, 41-45). También la música y el canto que acompañan nuestra liturgia nos ayudan a «perseverar en la oración con un mismo espíritu»; por eso, expreso mi viva gratitud al coro de la catedral y a la Kammerorchester de Colonia. Para esta liturgia, en el bicentenario de la muerte de Joseph Haydn, se eligió muy oportunamente su *Harmoniemesse*, la última de las «Misas» que compuso ese gran músico, una sinfonía sublime para gloria de Dios. A todos los que os habéis reunido aquí en esta circunstancia os dirijo mi más cordial saludo.

Los *Hechos de los Apóstoles,* para indicar al Espíritu Santo, utilizan dos grandes imágenes: la de la tempestad y la del fuego. Claramente, san Lucas tiene en su mente la teofanía del Sinaí, narrada en los libros del Éxodo (*Ex* 19, 16-19) y el Deuteronomio (*Dt* 4, 10-12.36). En el mundo antiguo la tempestad se veía como signo del poder divino, ante el cual el hombre se sentía subyugado y aterrorizado. Pero quiero subrayar también otro aspecto: la tempestad se describe como «viento impetuoso», y esto hace pensar en el aire, que distingue a nuestro planeta de los demás astros y nos permite vivir en él. Lo que el aire es para la vida biológica, lo es el Espíritu Santo para la vida espiritual; y, como existe una contaminación atmosférica que envenena el ambiente y a los seres vivos, también existe una contaminación del corazón y del espíritu, que daña y envenena la existencia espiritual. Así como no conviene acostumbrarse a los venenos del aire –y por eso el compromiso ecológico constituye hoy una prioridad–, se debería actuar del mismo modo con respecto a lo que corrompe el espíritu. En cambio, parece que nos estamos acostumbrando sin dificultad a muchos productos que circulan en nuestras sociedades contaminando la mente y el corazón, por ejemplo, imágenes que enfatizan el placer, la violencia o el desprecio del hombre y de la mujer. También esto es libertad, se dice, sin reconocer que todo eso contamina, intoxica el alma, sobre todo de las nuevas generaciones, y acaba por condicionar su libertad misma. En cambio, la metáfora del viento impetuoso de Pentecostés hace pensar en la necesidad de respirar aire limpio,

tanto con los pulmones, el aire físico, como con el corazón, el aire espiritual, el aire saludable del espíritu, que es el amor.

La otra imagen del Espíritu Santo que encontramos en los *Hechos de los Apóstoles* es el fuego. Al inicio aludí a la comparación entre Jesús y la figura mitológica de Prometeo, que recuerda un aspecto característico del hombre moderno. Al apoderarse de las energías del cosmos –el «fuego»–, parece que el ser humano hoy se afirma a sí mismo como dios y quiere transformar el mundo, excluyendo, dejando a un lado o incluso rechazando al Creador del universo. El hombre ya no quiere ser imagen de Dios, sino de sí mismo; se declara autónomo, libre, adulto. Evidentemente, esta actitud revela una relación no auténtica con Dios, consecuencia de una falsa imagen que se ha construido de él, como el hijo pródigo de la parábola evangélica, que cree realizarse a sí mismo alejándose de la casa del padre. En las manos de un hombre que piensa así, el «fuego» y sus enormes potencialidades resultan peligrosas: pueden volverse contra la vida y contra la humanidad misma, como por desgracia lo demuestra la historia. Como advertencia perenne quedan las tragedias de Hiroshima y Nagasaki, donde la energía atómica, utilizada con fines bélicos, acabó sembrando la muerte en proporciones inauditas.

En verdad, se podrían encontrar muchos ejemplos menos graves, pero igualmente sintomáticos, en la realidad de cada día. La Sagrada Escritura nos revela que la energía capaz de mover el mundo no es una fuerza anónima y ciega, sino la acción del «espíritu de Dios que aleteaba por encima de las aguas» (*Gn* 1, 2) al inicio de la creación. Y Jesucristo no «trajo a la tierra» la fuerza vital, que ya estaba en ella, sino el Espíritu Santo, es decir, el amor de Dios que «renueva la faz de la tierra» purificándola del mal y liberándola del dominio de la muerte (cfr. *Sal* 104, 29-30). Este «fuego» puro, esencial y personal, el fuego del amor, vino sobre los Apóstoles, reunidos en oración con María en el Cenáculo, para hacer de la Iglesia la prolongación de la obra renovadora de Cristo.

Los *Hechos de los Apóstoles* nos sugieren, por último, otro pensamiento: el Espíritu Santo vence el miedo. Sabemos que los discípulos se habían refugiado en el Cenáculo después del arresto de su Maestro y allí habían permanecido segregados por temor a padecer su misma suerte. Después de la resurrección de Jesús, su miedo no desapareció de repente. Pero en Pentecostés, cuando el Espíritu Santo se posó sobre ellos, esos hombres salieron del Cenáculo sin miedo y comenzaron a anunciar a todos la buena nueva de Cristo crucificado y resucitado. Ya no tenían miedo alguno, porque se sentían en las manos del más fuerte.

Sí, queridos hermanos y hermanas, el Espíritu de Dios, donde entra, expulsa el miedo; nos hace conocer y sentir que estamos en las manos de una Omnipotencia de amor: suceda lo que suceda, su amor infinito no nos abandona. Lo demuestra el testimonio de los mártires, la valentía de los confesores de la fe, el ímpetu intrépido de los misioneros, la franqueza de los predicadores, el ejemplo de todos los santos, algunos incluso adolescentes y niños. Lo demuestra la existencia misma de la Iglesia que, a pesar

de los límites y las culpas de los hombres, sigue cruzando el océano de la historia, impulsada por el soplo de Dios y animada por su fuego purificador.

Con esta fe y esta gozosa esperanza repitamos hoy, por intercesión de María: «Envía tu Espíritu, Señor, para que renueve la faz de la tierra».

---

* Basílica de San Pedro, 31-V-2009.

# VIII. EL ESPÍRITU SANTO ES EL ALMA DE LA IGLESIA*

La Iglesia esparcida por el mundo entero revive hoy, solemnidad de Pentecostés, el misterio de su nacimiento, de su «bautismo» en el Espíritu Santo (cfr. *Hch* 1, 5), que tuvo lugar en Jerusalén cincuenta días después de la Pascua, precisamente en la fiesta judía de Pentecostés. Jesús resucitado había dicho a sus discípulos: «Permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto» (*Lc* 24, 49). Esto aconteció de forma sensible en el Cenáculo, mientras se encontraban todos reunidos en oración junto con María, la Virgen Madre.

Como leemos en los *Hechos de los Apóstoles,* de repente aquel lugar se vio invadido por un viento impetuoso, y unas lenguas como de fuego se posaron sobre cada uno de los presentes. Los Apóstoles salieron entonces y comenzaron a proclamar en diversas lenguas que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, que murió y resucitó (cfr. *Hch* 2, 1-4). El Espíritu Santo, que con el Padre y el Hijo creó el universo, que guió la historia del pueblo de Israel y habló por los profetas, que en la plenitud de los tiempos cooperó a nuestra redención, en Pentecostés bajó sobre la Iglesia naciente y la hizo misionera, enviándola a anunciar a todos los pueblos la victoria del amor divino sobre el pecado y sobre la muerte.

El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia. Sin él, ¿a qué se reduciría? Ciertamente, sería un gran movimiento histórico, una institución social compleja y sólida, tal vez una especie de agencia humanitaria. Y en verdad es así como la consideran quienes la ven desde fuera de la perspectiva de la fe. Pero, en realidad, en su verdadera naturaleza y también en su presencia histórica más auténtica, la Iglesia es plasmada y guiada sin cesar por el Espíritu de su Señor. Es un cuerpo vivo, cuya vitalidad es precisamente fruto del Espíritu divino invisible.

Queridos amigos, este año la solemnidad de Pentecostés cae en el último día del mes de mayo, en el que habitualmente se celebra la hermosa fiesta mariana de la Visitación. Este hecho nos invita a dejarnos inspirar y, en cierto modo, instruir por la Virgen María, la cual fue protagonista de ambos acontecimientos. En Nazaret ella recibió el anuncio de su singular maternidad e, inmediatamente después de haber concebido a Jesús por obra del Espíritu Santo, fue impulsada por el mismo Espíritu de amor a acudir en ayuda de su anciana prima Isabel, que ya se encontraba en el sexto mes de una gestación también prodigiosa. La joven María, que, llevando en su seno a Jesús y olvidándose de sí misma, acude en ayuda del prójimo, es icono estupendo de la Iglesia en la perenne juventud del Espíritu, de la Iglesia misionera del Verbo encarnado, llamada a llevarlo al mundo y a testimoniarlo especialmente en el servicio de la caridad.

Invoquemos, por tanto, la intercesión de María santísima, para que obtenga a la Iglesia de nuestro tiempo la gracia de ser poderosamente fortalecida por el Espíritu Santo. Que sientan la presencia consoladora del Paráclito en especial las comunidades eclesiales que sufren persecución por el nombre de Cristo, para que, participando en sus sufrimientos, reciban en abundancia el Espíritu de la gloria (cfr.
*1 P* 4, 13-14).

---

* Plaza de San Pedro, 31-V-2009 (Regina Cæli).

# IX. EL DON DEL PADRE*

En la celebración solemne de Pentecostés se nos invita a profesar nuestra fe en la presencia y en la acción del Espíritu Santo y a invocar su efusión sobre nosotros, sobre la Iglesia y sobre el mundo entero. Por tanto, hagamos nuestra, y con especial intensidad, la invocación de la Iglesia: *Veni, Sancte Spiritus!* Una invocación muy sencilla e inmediata, pero a la vez extraordinariamente profunda, que brota ante todo del corazón de Cristo. En efecto, el Espíritu es el don que Jesús pidió y pide continuamente al Padre para sus amigos; el primer y principal don que nos ha obtenido con su Resurrección y Ascensión al cielo.

De esta oración de Cristo nos habla el pasaje evangélico de hoy, que tiene como contexto la última Cena. El Señor Jesús dijo a sus discípulos: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre» (*Jn* 14, 15-16). Aquí se nos revela el corazón orante de Jesús, su corazón filial y fraterno. Esta oración alcanza su cima y su cumplimiento en la cruz, donde la invocación de Cristo es una cosa sola con el don total que Él hace de sí mismo, y de ese modo su oración se convierte –por decirlo así– en el sello mismo de su entrega en plenitud por amor al Padre y a la humanidad: invocación y donación del Espíritu Santo se encuentran, se compenetran, se convierten en una única realidad. «Y yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre». En realidad, la oración de Jesús –la de la última Cena y la de la cruz– es una oración que continúa también en el cielo, donde Cristo está sentado a la derecha del Padre. Jesús, de hecho, siempre vive su sacerdocio de intercesión en favor del pueblo de Dios y de la humanidad y, por tanto, reza por todos nosotros pidiendo al Padre el don del Espíritu Santo.

El relato de Pentecostés en el libro de los *Hechos de los Apóstoles* –lo hemos escuchado en la primera lectura (cfr. *Hch* 2, 1-11)– presenta el «nuevo curso» que la obra de Dios inició con la resurrección de Cristo, obra que implica al hombre, a la historia y al cosmos. Del Hijo de Dios muerto, resucitado y vuelto al Padre brota ahora sobre la humanidad, con inédita energía, el soplo divino, el Espíritu Santo. Y ¿qué produce esta nueva y potente auto-comunicación de Dios? Donde hay laceraciones y divisiones, crea unidad y comprensión. Se pone en marcha un proceso de reunificación entre las partes de la familia humana, divididas y dispersas; las personas, a menudo reducidas a individuos que compiten o entran en conflicto entre sí, alcanzadas por el Espíritu de Cristo, se abren a la experiencia de la comunión, que puede tocarlas hasta el punto de convertirlas en un nuevo organismo, un nuevo sujeto: la Iglesia. Este es el efecto de la obra de Dios: la unidad; por eso, la unidad es el signo de reconocimiento, la «tarjeta de visita» de la Iglesia a lo largo de su historia universal. Desde el principio, desde el día de Pentecostés, habla todas las lenguas. La Iglesia universal precede a las

Iglesias particulares, y estas deben conformarse siempre a ella, según un criterio de unidad y de universalidad. La Iglesia nunca llega a ser prisionera de fronteras políticas, raciales y culturales; no se puede confundir con los Estados ni tampoco con las Federaciones de Estados, porque su unidad es de otro tipo y aspira a cruzar todas las fronteras humanas.

De esto, queridos hermanos, deriva un criterio práctico de discernimiento para la vida cristiana: cuando una persona, o una comunidad, se cierra en su modo de pensar y de actuar, es signo de que se ha alejado del Espíritu Santo. El camino de los cristianos y de las Iglesias particulares siempre debe confrontarse con el de la Iglesia una y católica, y armonizarse con él. Esto no significa que la unidad creada por el Espíritu Santo sea una especie de igualitarismo. Al contrario, este es más bien el modelo de Babel, es decir, la imposición de una cultura de la unidad que podríamos definir «técnica». La Biblia, de hecho, nos dice (cfr. *Gn* 11, 1-9) que en Babel todos hablaban una sola lengua. En cambio, en Pentecostés, los Apóstoles hablan lenguas distintas de modo que cada uno comprenda el mensaje en su propio idioma. La unidad del Espíritu se manifiesta en la pluralidad de la comprensión. La Iglesia es por naturaleza una y múltiple, destinada como está a vivir en todas las naciones, en todos los pueblos, y en los contextos sociales más diversos. Solo responde a su vocación de ser signo e instrumento de unidad de todo el género humano (cfr. *Lumen gentium*, 1) si permanece autónoma de cualquier Estado y de cualquier cultura particular. Siempre y en todo lugar la Iglesia debe ser verdaderamente católica y universal, la casa de todos en la que cada uno puede encontrar su lugar.

El relato de los Hechos de los Apóstoles nos ofrece también otra sugerencia muy concreta. La universalidad de la Iglesia se expresa con la lista de los pueblos, según la antigua tradición: «Somos partos, medos, elamitas...», etc. Se puede observar aquí que san Lucas va más allá del número 12, que siempre expresa ya una universalidad. Mira más allá de los horizontes de Asia y del noroeste de África, y añade otros tres elementos: los «romanos», es decir, el mundo occidental; los «judíos y prosélitos», comprendiendo de modo nuevo la unidad entre Israel y el mundo; y, por último, «cretenses y árabes», que representan a Occidente y Oriente, islas y tierra firme. Esta apertura de horizontes confirma ulteriormente la novedad de Cristo en la dimensión del espacio humano, de la historia de las naciones: el Espíritu Santo abarca hombres y pueblos y, a través de ellos, supera muros y barreras.

En Pentecostés el Espíritu Santo se manifiesta como fuego. Su llama descendió sobre los discípulos reunidos, se encendió en ellos y les dio el nuevo ardor de Dios. Se realiza así lo que había predicho el Señor Jesús: «He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!» (*Lc* 12, 49). Los Apóstoles, junto a los fieles de las distintas comunidades, han llevado esta llama divina hasta los últimos confines de la tierra; han abierto así un camino para la humanidad, un camino luminoso, y han colaborado con Dios que con su fuego quiere renovar la faz de la tierra. ¡Qué distinto este fuego del de las guerras y las bombas! ¡Qué distinto el incendio de Cristo, que la Iglesia propaga, respecto a los que encienden los dictadores de toda época,

incluido el siglo pasado, que dejan detrás de sí tierra quemada! El fuego de Dios, el fuego del Espíritu Santo, es el de la zarza que arde sin quemarse (cfr. *Ex* 3, 2). Es una llama que arde, pero no destruye; más aún, ardiendo hace emerger la mejor parte del hombre, su parte más verdadera, como en una fusión hace emerger su forma interior, su vocación a la verdad y al amor.

Un Padre de la Iglesia, Orígenes, en una de sus homilías sobre Jeremías, refiere un dicho atribuido a Jesús, que las Sagradas Escrituras no recogen, pero que quizá sea auténtico; reza así: «Quien está cerca de mí está cerca del fuego» (*Homilía sobre Jeremías,* L. I [III]). En efecto, en Cristo habita la plenitud de Dios, que en la Biblia se compara con el fuego. Hemos observado hace poco que la llama del Espíritu Santo arde pero no se quema. Y, sin embargo, realiza una transformación y, por eso, debe consumir algo en el hombre, las escorias que lo corrompen y obstaculizan sus relaciones con Dios y con el prójimo. Pero este efecto del fuego divino nos asusta, tenemos miedo de que nos «queme», preferiríamos permanecer tal como somos. Esto depende del hecho de que muchas veces nuestra vida está planteada según la lógica del tener, del poseer y no del darse. Muchas personas creen en Dios y admiran la figura de Jesucristo, pero, cuando se les pide que pierdan algo de sí mismas, se echan atrás, tienen miedo de las exigencias de la fe. Existe el temor de tener que renunciar a algo bello, a lo que uno está apegado; el temor de que seguir a Cristo nos prive de la libertad, de ciertas experiencias, de una parte de nosotros mismos. Por un lado, queremos estar con Jesús, seguirlo de cerca; y, por otro, tenemos miedo de las consecuencias que eso conlleva.

Queridos hermanos y hermanas, siempre necesitamos que el Señor Jesús nos diga lo que repetía a menudo a sus amigos: «No tengáis miedo». Como Simón Pedro y los demás, debemos dejar que su presencia y su gracia transformen nuestro corazón, siempre sujeto a las debilidades humanas. Debemos saber reconocer que perder algo, más aún, perderse a sí mismos por el Dios verdadero, el Dios del amor y de la vida, en realidad es ganar, volverse a encontrar más plenamente. Quien se encomienda a Jesús experimenta ya en esta vida la paz y la alegría del corazón, que el mundo no puede dar ni tampoco puede quitar una vez que Dios nos las ha dado. Por lo tanto, vale la pena dejarse tocar por el fuego del Espíritu Santo. El dolor que nos produce es necesario para nuestra transformación. Es la realidad de la cruz: no por nada en el lenguaje de Jesús el «fuego» es sobre todo una representación del misterio de la cruz, sin el cual no existe cristianismo. Por eso, iluminados y confortados por estas palabras de vida, elevamos nuestra invocación: ¡Ven, Espíritu Santo! ¡Enciende en nosotros el fuego de tu amor! Sabemos que esta es una oración audaz, con la cual pedimos ser tocados por la llama de Dios; pero sabemos sobre todo que esta llama –y solo ella– tiene el poder de salvarnos. Para defender nuestra vida, no queremos perder la eterna que Dios nos quiere dar. Necesitamos el fuego del Espíritu Santo, porque solo el Amor redime. Amén.

---

* Basílica de San Pedro, 23-V-2010.

# X. NO HAY PENTECOSTÉS SIN LA VIRGEN MARÍA*

Cincuenta días después de la Pascua, celebramos la solemnidad de Pentecostés, en la que recordamos la manifestación del poder del Espíritu Santo, el cual –como viento y como fuego– descendió sobre los Apóstoles reunidos en el Cenáculo y los hizo capaces de predicar con valentía el Evangelio a todas las naciones (cfr. *Hch* 2, 1-13). Sin embargo, el misterio de Pentecostés, que justamente nosotros identificamos con ese acontecimiento, verdadero «bautismo» de la Iglesia, no se limita a él. En efecto, la Iglesia vive constantemente de la efusión del Espíritu Santo, sin el cual se quedaría sin fuerzas, como una barca de vela a la que le faltara el viento. Pentecostés se renueva de modo particular en algunos momentos fuertes, tanto en ámbito local como universal, tanto en pequeñas asambleas como en grandes convocatorias. Los concilios, por ejemplo, han tenido sesiones que se han visto gratificadas por efusiones especiales del Espíritu Santo, y entre ellos está ciertamente el Concilio ecuménico Vaticano II. Podemos recordar también el célebre encuentro de los movimientos eclesiales con el venerable Juan Pablo II, aquí en la plaza de San Pedro, precisamente en Pentecostés de 1998. Pero la Iglesia conoce innumerables «pentecostés» que vivifican las comunidades locales: pensemos en las liturgias, especialmente en las que se viven en momentos especiales para la vida de la comunidad, en las cuales se percibe de modo evidente la fuerza de Dios infundiendo en las almas alegría y entusiasmo. Pensemos en las numerosas asambleas de oración, en las cuales los jóvenes sienten claramente la llamada de Dios a enraizar su vida en su amor, incluso consagrándose totalmente a él.

Por lo tanto, no hay Iglesia sin Pentecostés. Y quiero añadir: no hay Pentecostés sin la Virgen María. Así fue al inicio, en el Cenáculo, donde los discípulos «perseveraban en la oración con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, de María, la Madre de Jesús, y de sus hermanos», como nos relata el libro de los *Hechos de los Apóstoles* (1, 14). Y así es siempre, en cada lugar y en cada época. Fui testigo de ello nuevamente hace pocos días, en Fátima. En efecto, ¿qué vivió esa inmensa multitud en la explanada del santuario, donde todos éramos realmente un solo corazón y una sola alma? Era un renovado Pentecostés. En medio de nosotros estaba María, la Madre de Jesús. Esta es la experiencia típica de los grandes santuarios marianos –Lourdes, Guadalupe, Pompeya, Loreto– o también de los más pequeños: en cualquier lugar donde los cristianos se reúnen en oración con María, el Señor dona su Espíritu.

Queridos amigos, en esta fiesta de Pentecostés, también nosotros queremos estar espiritualmente unidos a la Madre de Cristo y de la Iglesia invocando con fe una renovada efusión del divino Paráclito. La invocamos por toda la Iglesia, y de modo

particular en este Año sacerdotal por todos los ministros del Evangelio, a fin de que el mensaje de la salvación se anuncie a todas las naciones.

---

* Plaza de San Pedro, 23-V-2010 (Regina Cæli).

# XI. EL NUEVO SINAÍ*

Celebramos hoy la gran solemnidad de Pentecostés. Aunque, en cierto sentido, todas las solemnidades litúrgicas de la Iglesia son grandes, esta de Pentecostés lo es de una manera singular, porque marca, llegado al quincuagésimo día, el cumplimiento del acontecimiento de la Pascua, de la muerte y resurrección del Señor Jesús, a través del don del Espíritu del Resucitado. Para Pentecostés nos ha preparado en los días pasados la Iglesia con su oración, con la invocación repetida e intensa a Dios para obtener una renovada efusión del Espíritu Santo sobre nosotros. La Iglesia ha revivido así lo que aconteció en sus orígenes, cuando los Apóstoles, reunidos en el Cenáculo de Jerusalén, «perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos» (*Hch* 1, 14). Estaban reunidos en humilde y confiada espera de que se cumpliese la promesa del Padre que Jesús les había comunicado: «Seréis bautizados con Espíritu Santo, dentro de no muchos días... Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros» (*Hch* 1, 5.8).

En la liturgia de Pentecostés, a la narración de los *Hechos de los Apóstoles* sobre el nacimiento de la Iglesia (cfr. *Hch* 2, 1-11) corresponde el Salmo 103 que hemos escuchado: una alabanza de toda la creación, que exalta al Espíritu Creador que lo hizo todo con sabiduría: «¡Cuántas son tus obras, Señor, y todas las hiciste con sabiduría! La tierra está llena de tus criaturas... ¡Gloria a Dios para siempre, goce el Señor con sus obras!» (*Sal* 103, 24.31). Lo que quiere decirnos la Iglesia es esto: el Espíritu creador de todas las cosas y el Espíritu Santo que Cristo hizo descender desde el Padre sobre la comunidad de los discípulos son uno y el mismo: creación y redención se pertenecen mutuamente y constituyen, en el fondo, un único misterio de amor y de salvación. El Espíritu Santo es ante todo Espíritu Creador y por tanto Pentecostés es también fiesta de la creación. Para nosotros, los cristianos, el mundo es fruto de un acto de amor de Dios, que hizo todas las cosas y del que él se alegra porque es «algo bueno», «algo muy bueno», como nos recuerda el relato de la Creación (cfr. *Gn* 1, 1-31). Por eso Dios no es el totalmente Otro, innombrable y oscuro. Dios se revela, tiene un rostro. Dios es razón, Dios es voluntad, Dios es amor, Dios es belleza. Así pues, la fe en el Espíritu Creador y la fe en el Espíritu que Cristo resucitado dio a los Apóstoles y nos da a cada uno de nosotros están inseparablemente unidas.

La segunda lectura y el Evangelio de hoy nos muestran esta conexión. El Espíritu Santo es Aquel que nos hace reconocer en Cristo al Señor, y nos hace pronunciar la profesión de fe de la Iglesia: «Jesús es el Señor» (cfr. *1 Co* 12, 3b). Señor es el título atribuido a Dios en el Antiguo Testamento, título que en la lectura de la Biblia tomaba el lugar de su nombre impronunciable. El Credo de la Iglesia no es sino el desarrollo de lo que se dice con esta sencilla afirmación: «Jesús es Señor». De esta profesión de fe san

Pablo nos dice que se trata precisamente de la palabra y de la obra del Espíritu. Si queremos estar en el Espíritu Santo, debemos adherirnos a este Credo. Haciéndolo nuestro, aceptándolo como nuestra palabra, accedemos a la obra del Espíritu Santo. La expresión «Jesús es Señor» se puede leer en los dos sentidos. Significa: Jesús es Dios y, al mismo tiempo, Dios es Jesús. El Espíritu Santo ilumina esta reciprocidad: Jesús tiene dignidad divina, y Dios tiene el rostro humano de Jesús. Dios se muestra en Jesús, y con ello nos da la verdad sobre nosotros mismos. Dejarse iluminar en lo más profundo por esta palabra es el acontecimiento de Pentecostés. Al rezar el Credo entramos en el misterio del primer Pentecostés. Del desconcierto de Babel, de aquellas voces que resuenan una contra otra, se produce una transformación radical: la multiplicidad se hace unidad multiforme, por el poder unificador de la Verdad crece la comprensión. En el Credo, que nos une desde todos los lugares de la Tierra, se forma la nueva comunidad de la Iglesia de Dios, que, mediante el Espíritu Santo, hace que nos comprendamos aun en la diversidad de las lenguas, a través de la fe, la esperanza y el amor.

El pasaje evangélico nos ofrece, después, una imagen maravillosa para aclarar la conexión entre Jesús, el Espíritu Santo y el Padre: el Espíritu Santo se presenta como el soplo de Jesucristo resucitado (cfr. *Jn* 20, 22). El evangelista san Juan retoma aquí una imagen del relato de la creación, donde se dice que Dios sopló en la nariz del hombre un aliento de vida (cfr. *Gn* 2, 7). El soplo de Dios es vida. Ahora, el Señor sopla en nuestra alma un nuevo aliento de vida, el Espíritu Santo, su más íntima esencia, y de este modo nos acoge en la familia de Dios. Con el Bautismo y la Confirmación se nos hace este don de modo específico, y con los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia se repite continuamente: el Señor sopla en nuestra alma un aliento de vida. Todos los sacramentos, cada uno a su manera, comunican al hombre la vida divina, gracias al Espíritu Santo que actúa en ellos.

En la liturgia de hoy vemos también una conexión ulterior. El Espíritu Santo es Creador, es al mismo tiempo Espíritu de Jesucristo, pero de modo que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo y único Dios. Y a la luz de la primera lectura podemos añadir: el Espíritu Santo anima a la Iglesia. Esta no procede de la voluntad humana, de la reflexión, de la habilidad del hombre o de su capacidad organizativa, pues, si fuese así, ya se habría extinguido desde hace mucho tiempo, como sucede con todo lo humano. La Iglesia, en cambio, es el Cuerpo de Cristo, animado por el Espíritu Santo. Las imágenes del viento y del fuego, usadas por san Lucas para representar la venida del Espíritu Santo (cfr. *Hch* 2, 2-3), recuerdan el Sinaí, donde Dios se había revelado al pueblo de Israel y le había concedido su alianza; «la montaña del Sinaí humeaba –se lee en el libro del Éxodo–, porque el Señor había descendido sobre ella en medio del fuego» (19, 18). De hecho, Israel festejó el quincuagésimo día después de la Pascua, después de la conmemoración de la huida de Egipto, como la fiesta del Sinaí, la fiesta del Pacto. Cuando san Lucas habla de lenguas de fuego para representar al Espíritu Santo, se recuerda ese antiguo Pacto, establecido sobre la base de la Ley recibida por Israel en el Sinaí. Así el acontecimiento de Pentecostés se representa como un nuevo Sinaí, como el don de un nuevo Pacto en el que la alianza con Israel se extiende a todos los pueblos de

la Tierra, en el que caen todas las barreras de la antigua Ley y aparece su corazón más santo e inmutable, es decir, el amor, que precisamente el Espíritu Santo comunica y difunde, el amor que lo abraza todo. Al mismo tiempo la Ley se dilata, se abre, aun volviéndose más sencilla: es el nuevo Pacto, que el Espíritu «escribe» en el corazón de cuantos creen en Cristo. San Lucas representa la extensión del Pacto a todos los pueblos de la tierra a través de una lista de poblaciones considerable para aquella época (cfr. *Hch* 2, 9-11). Con esto se nos dice algo muy importante: que la Iglesia es católica desde el primer momento, que su universalidad no es fruto de la inclusión sucesiva de comunidades diversas. De hecho, desde el primer instante, el Espíritu Santo la creó como Iglesia de todos los pueblos; abraza al mundo entero, supera todas las fronteras de raza, clase, nación; abate todas las barreras y une a los hombres en la profesión del Dios uno y trino. Desde el principio la Iglesia es una, católica y apostólica: esta es su verdadera naturaleza y como tal debe ser reconocida. Es santa no gracias a la capacidad de sus miembros, sino porque Dios mismo, con su Espíritu, la crea, la purifica y la santifica siempre.

Por último, el evangelio de hoy nos entrega esta bellísima expresión: «Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor» (*Jn* 20, 20). Estas palabras son profundamente humanas. El Amigo perdido está presente de nuevo, y quien antes estaba turbado se alegra. Pero dicen mucho más. Porque el Amigo perdido no viene de un lugar cualquiera, sino de la noche de la muerte; ¡y él la ha atravesado! Él no es uno cualquiera, sino que es el Amigo y al mismo tiempo Aquel que es la Verdad que da vida a los hombres; y lo que da no es una alegría cualquiera, sino la alegría misma, don del Espíritu Santo. Sí, es hermoso vivir porque soy amado, y es la Verdad la que me ama. Se alegraron los discípulos al ver al Señor. Hoy, en Pentecostés, esta expresión está destinada también a nosotros, porque en la fe podemos verlo; en la fe viene a nosotros, y también a nosotros nos enseña las manos y el costado, y nosotros nos alegramos. Por ello queremos rezar: ¡Señor, muéstrate! Haznos el don de tu presencia y tendremos el don más bello: tu alegría. Amén.

---

* Basílica de San Pedro, 12-VI-2011.

# XII. LA VOZ DE DIOS DIVINIZA EL LENGUAJE HUMANO*

La solemnidad de Pentecostés, que hoy celebramos, concluye el tiempo litúrgico de Pascua. En efecto, el Misterio pascual –la pasión, muerte y resurrección de Cristo y su ascensión al Cielo– encuentra su cumplimiento en la poderosa efusión del Espíritu Santo sobre los Apóstoles reunidos junto con María, la Madre del Señor, y los demás discípulos. Fue el «bautismo» de la Iglesia, bautismo en el Espíritu Santo (cfr. *Hch* 1, 5). Como narran los *Hechos de los Apóstoles,* en la mañana de la fiesta de Pentecostés, un estruendo como de viento llenó el Cenáculo, y sobre cada uno de los discípulos se posaron lenguas como de fuego (cfr. *Hch* 2, 2-3). San Gregorio Magno comenta: «Hoy el Espíritu Santo descendió con sonido repentino sobre los discípulos y cambió las mentes de seres carnales dentro de su amor, y, mientras aparecían en el exterior lenguas de fuego, en el interior los corazones se volvieron llameantes, pues, acogiendo a Dios en la visión del fuego, ardieron suavemente de amor» (XXX, 1: CCL 141, 256). La voz de Dios diviniza el lenguaje humano de los Apóstoles, los cuales se volvieron capaces de proclamar de modo «polifónico» el único Verbo divino. El soplo del Espíritu Santo llena el universo, genera la fe, arrastra a la verdad, prepara la unidad entre los pueblos. «Al oírse este ruido acudió la multitud y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua» de las «maravillas de Dios» (*Hch* 2, 6.11).

El beato Antonio Rosmini explica que «en el día del Pentecostés de los cristianos Dios promulgó... su ley de caridad, escribiéndola por medio del Espíritu Santo no sobre tablas de piedra, sino en el corazón de los Apóstoles, y comunicándola después a toda la Iglesia por medio de los Apóstoles» (*Catechismo disposto secondo l'ordine delle idee*..., n. 737, Turín 1863). El Espíritu Santo, «Señor y dador de vida» –como rezamos en el Credo–, está unido al Padre por el Hijo y completa la revelación de la Santísima Trinidad. Proviene de Dios como soplo de su boca y tiene el poder de santificar, abolir las divisiones y disolver la confusión debida al pecado. Incorpóreo e inmaterial, otorga los bienes divinos, sostiene a los seres vivos, para que actúen en conformidad con el bien. Como Luz inteligible da significado a la oración, da vigor a la misión evangelizadora, hace arder los corazones de quienes escuchan el alegre mensaje, inspira el arte cristiano y la melodía litúrgica.

Queridos amigos, el Espíritu Santo, que crea en nosotros la fe en el momento de nuestro Bautismo, nos permite vivir como hijos de Dios, conscientes y convencidos, según la imagen del Hijo Unigénito. También el poder de perdonar los pecados es don del Espíritu Santo; de hecho, al aparecerse a los Apóstoles la tarde de Pascua, Jesús sopló su aliento sobre ellos y dijo: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados» (*Jn* 20, 23). A la Virgen María, templo del Espíritu Santo,

encomendamos la Iglesia, para que viva siempre de Jesucristo, de su Palabra, de sus mandamientos, y bajo la acción perenne del Espíritu Paráclito anuncie a todos que «¡Jesús es Señor!» (*1 Co* 12, 3).

---

* Plaza de San Pedro, 12-VI-2011 (Regina Cæli).

# XIII. EL FUEGO TRANSFORMADOR DEL ESPÍRITU SANTO*

Me alegra celebrar con vosotros esta santa misa, animada hoy también por el coro de la Academia de Santa Cecilia y por la orquesta juvenil –a la que doy las gracias– en la solemnidad de Pentecostés. Este misterio constituye el bautismo de la Iglesia; es un acontecimiento que le dio, por decirlo así, la forma inicial y el impulso para su misión. Y esta «forma» y este «impulso» siempre son válidos, siempre son actuales, y se renuevan de modo especial mediante las acciones litúrgicas. Esta mañana quiero reflexionar sobre un aspecto esencial del misterio de Pentecostés, que en nuestros días conserva toda su importancia. Pentecostés es la fiesta de la unión, de la comprensión y de la comunión humana. Todos podemos constatar cómo en nuestro mundo, aunque estemos cada vez más cercanos los unos a los otros gracias al desarrollo de los medios de comunicación y las distancias geográficas parecen desaparecer, la comprensión y la comunión entre las personas a menudo es superficial y difícil. Persisten desequilibrios que con frecuencia llevan a conflictos; el diálogo entre las generaciones es cada vez más complicado y a veces prevalece la contraposición; asistimos a sucesos diarios en los que nos parece que los hombres se están volviendo más agresivos y huraños; comprenderse parece demasiado arduo y se prefiere buscar el propio yo, los propios intereses. En esta situación, ¿podemos verdaderamente encontrar y vivir la unidad que tanto necesitamos?

La narración de Pentecostés en los *Hechos de los Apóstoles,* que hemos escuchado en la primera lectura (cfr. *Hch* 2, 1-11), contiene en el fondo uno de los grandes cuadros que encontramos al inicio del Antiguo Testamento: la antigua historia de la construcción de la torre de Babel (cfr. *Gn* 11, 1-9). Pero ¿qué es Babel? Es la descripción de un reino en el que los hombres alcanzaron tanto poder que pensaron que ya no necesitaban hacer referencia a un Dios lejano, y que eran tan fuertes que podían construir por sí mismos un camino que llevara al cielo para abrir sus puertas y ocupar el lugar de Dios. Pero precisamente en esta situación sucede algo extraño y singular. Mientras los hombres estaban trabajando juntos para construir la torre, de improviso se dieron cuenta de que estaban construyendo unos contra otros. Mientras intentaban ser como Dios, corrían el peligro de ya no ser ni siquiera hombres, porque habían perdido un elemento fundamental de las personas humanas: la capacidad de ponerse de acuerdo, de entenderse y de actuar juntos.

Este relato bíblico contiene una verdad perenne; lo podemos ver a lo largo de la historia y también en nuestro mundo. Con el progreso de la ciencia y de la técnica hemos alcanzado el poder de dominar las fuerzas de la naturaleza, de manipular los elementos, de fabricar seres vivos, llegando casi al ser humano mismo. En esta situación, orar a Dios parece algo superado, inútil, porque nosotros mismos podemos construir y realizar todo

lo que queremos. Pero no caemos en la cuenta de que estamos reviviendo la misma experiencia de Babel. Es verdad que hemos multiplicado las posibilidades de comunicar, de tener informaciones, de transmitir noticias, pero ¿podemos decir que ha crecido la capacidad de entendernos o quizá, paradójicamente, cada vez nos entendemos menos? ¿No parece insinuarse entre los hombres un sentido de desconfianza, de sospecha, de temor recíproco, hasta llegar a ser peligrosos los unos para los otros? Volvemos, por tanto, a la pregunta inicial: ¿puede haber verdaderamente unidad, concordia? Y ¿cómo?

Encontramos la respuesta en la Sagrada Escritura: solo puede existir la unidad con el don del Espíritu de Dios, el cual nos dará un corazón nuevo y una lengua nueva, una capacidad nueva de comunicar. Esto es lo que sucedió en Pentecostés. Esa mañana, cincuenta días después de la Pascua, un viento impetuoso sopló sobre Jerusalén y la llama del Espíritu Santo bajó sobre los discípulos reunidos, se posó sobre cada uno y encendió en ellos el fuego divino, un fuego de amor, capaz de transformar. El miedo desapareció, el corazón sintió una fuerza nueva, las lenguas se soltaron y comenzaron a hablar con franqueza, de modo que todos pudieran entender el anuncio de Jesucristo muerto y resucitado. En Pentecostés, donde había división e indiferencia, nacieron unidad y comprensión.

Pero veamos el evangelio de hoy, en el que Jesús afirma: «Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena» (*Jn* 16, 13). Aquí Jesús, hablando del Espíritu Santo, nos explica qué es la Iglesia y cómo debe vivir para ser lo que debe ser, para ser el lugar de la unidad y de la comunión en la Verdad; nos dice que actuar como cristianos significa no estar encerrados en el propio «yo», sino orientarse hacia el todo; significa acoger en nosotros mismos a toda la Iglesia o, mejor dicho, dejar interiormente que ella nos acoja. Entonces, cuando yo hablo, pienso y actúo como cristiano, no lo hago encerrándome en mi yo, sino que lo hago siempre en el todo y a partir del todo: así el Espíritu Santo, Espíritu de unidad y de verdad, puede seguir resonando en el corazón y en la mente de los hombres, impulsándolos a encontrarse y a aceptarse mutuamente. El Espíritu, precisamente por el hecho de que actúa así, nos introduce en toda la verdad, que es Jesús; nos guía a profundizar en ella, a comprenderla: nosotros no crecemos en el conocimiento encerrándonos en nuestro yo, sino solo volviéndonos capaces de escuchar y de compartir, solo en el «nosotros» de la Iglesia, con una actitud de profunda humildad interior. Así resulta más claro por qué Babel es Babel y Pentecostés es Pentecostés. Donde los hombres quieren ocupar el lugar de Dios, solo pueden ponerse los unos contra los otros. En cambio, donde se sitúan en la verdad del Señor, se abren a la acción de su Espíritu, que los sostiene y los une.

La contraposición entre Babel y Pentecostés aparece también en la segunda lectura, donde el Apóstol dice: «Caminad según el Espíritu y no realizaréis los deseos de la carne» (*Ga* 5, 16). San Pablo nos explica que nuestra vida personal está marcada por un conflicto interior, por una división, entre los impulsos que provienen de la carne y los que proceden del Espíritu; y nosotros no podemos seguirlos todos. Efectivamente, no podemos ser al mismo tiempo egoístas y generosos, seguir la tendencia a dominar sobre los demás y experimentar la alegría del servicio desinteresado. Siempre debemos elegir

cuál impulso seguir y solo lo podemos hacer de modo auténtico con la ayuda del Espíritu de Cristo. San Pablo –como hemos escuchado– enumera las obras de la carne: son los pecados de egoísmo y de violencia, como enemistad, discordia, celos, disensiones; son pensamientos y acciones que no permiten vivir de modo verdaderamente humano y cristiano, en el amor. Es una dirección que lleva a perder la propia vida. En cambio, el Espíritu Santo nos guía hacia las alturas de Dios, para que podamos vivir ya en esta tierra el germen de una vida divina que está en nosotros. De hecho, san Pablo afirma: «El fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz» (*Ga* 5, 22). Notemos cómo el Apóstol usa el plural para describir las obras de la carne, que provocan la dispersión del ser humano, mientras que usa el singular para definir la acción del Espíritu; habla de «fruto», precisamente como a la dispersión de Babel se opone la unidad de Pentecostés.

Queridos amigos, debemos vivir según el Espíritu de unidad y de verdad, y por esto debemos pedir al Espíritu que nos ilumine y nos guíe a vencer la fascinación de seguir nuestras verdades, y a acoger la verdad de Cristo transmitida en la Iglesia. El relato de Pentecostés en el evangelio de san Lucas nos dice que Jesús, antes de subir al cielo, pidió a los Apóstoles que permanecieran juntos para prepararse a recibir el don del Espíritu Santo. Y ellos se reunieron en oración con María en el Cenáculo a la espera del acontecimiento prometido (cfr. *Hch* 1, 14). Reunida con María, como en su nacimiento, la Iglesia también hoy reza: «*Veni Sancte Spiritus!*», «¡Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor!». Amén.

---

* Basílica de San Pedro, 27-V-2012.

# ÍNDICE

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

Catedral de Munich, 29-V-1977
I. EL CREDO DE LA IGLESIA Y EL ESPÍRITU SANTO

Catedral de Munich, 14-V-1978
II. EL ESPÍRITU SANTO EN EL VIENTO IMPETUOSO Y EL FUEGO

Catedral de Munich, 25-V-1980
III. EL ESPÍRITU DE PERDÓN

Catedral de Freising, 7-VI-1981
IV. «EL SEÑOR ES EL ESPÍRITU»

Catedral de Regensburg, 14-V-1989
V. ESPÍRITU DE LA VIDA ESPÍRITU CORPÓREO

Catedral de Spira, 3-VI-1990
VI. EL ESPÍRITU SANTO LA FUERZA DE LA UNIDAD

Catedral de Regensburg, 4-VI-1995
VII. ESPÍRITU Y FUEGO

Iglesia de S. Juan en Pentling, Filialkirche Pentling, 25-V-1996
VIII. ESPÍRITU Y LIBERTAD. LIBERTAD Y VÍNCULO

Catedral de Munich, 19-V-2002
IX. EL MISMO ESPÍRITU DE DIOS EN LA CREACIÓN Y EN LA REDENCIÓN

SEGUNDA PARTE

Basílica de San Pedro, 15-V-2005
I. LA FORMA DEL ESPÍRITU SANTO

Plaza de San Pedro, 3-VI-2006
II. EL ESPÍRITU CREADOR DE DIOS

Plaza de San Pedro, 4-VI-2006
III. EL ESPÍRITU DE LA UNIDAD

Plaza de San Pedro, 27-V-2007
IV. LA NATURALEZA DE LA IGLESIA

Basílica de San Pedro, 11-V-2008
V. LA IGLESIA COMO «SOCIEDAD DEL ESPÍRITU»

Plaza de San Pedro, 11-V-2008
VI. EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO

Basílica de San Pedro, 31-V-2009
VII. FUEGO SOBRE LA TIERRA

Plaza de San Pedro, 31-V-2009
VIII. EL ESPÍRITU SANTO ES EL ALMA DE LA IGLESIA

Basílica de San Pedro, 23-V-2010
IX. EL DON DEL PADRE

Plaza de San Pedro, 23-V-2010
X. NO HAY PENTECOSTÉS SIN LA VIRGEN MARÍA

Basílica de San Pedro, 12-VI-2011
XI. EL NUEVO SINAÍ

Plaza de San Pedro, 12-VI-2011
XII. LA VOZ DE DIOS DIVINIZA EL LENGUAJE HUMANO

Basílica de San Pedro, 27-V-2012
XIII. EL FUEGO TRANSFORMADOR DEL ESPÍRITU SANTO

ÍNDICE

# Index


PRÓLOGO 5

PRIMERA PARTE 7

I. EL CREDO DE LA IGLESIA Y EL ESPÍRITU SANTO 8

II. EL ESPÍRITU SANTO EN EL VIENTO IMPETUOSO Y EL FUEGO 11

III. EL ESPÍRITU DE PERDÓN 15

IV. «EL SEÑOR ES EL ESPÍRITU» 19

V. ESPÍRITU DE LA VIDA ESPÍRITU CORPÓREO 21

VI. EL ESPÍRITU SANTO LA FUERZA DE LA UNIDAD 25

VII. ESPÍRITU Y FUEGO 28

VIII. ESPÍRITU Y LIBERTAD. LIBERTAD Y VÍNCULO 32

IX. EL MISMO ESPÍRITU DE DIOS EN LA CREACIÓN Y EN LA REDENCIÓN 35

SEGUNDA PARTE 39

I. LA FORMA DEL ESPÍRITU SANTO 40

II. EL ESPÍRITU CREADOR DE DIOS 45

III. EL ESPÍRITU DE LA UNIDAD 52

IV. LA NATURALEZA DE LA IGLESIA 54

V. LA IGLESIA COMO «SOCIEDAD DEL ESPÍRITU» 56

VI. EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO 60

VII. FUEGO SOBRE LA TIERRA 62

VIII. EL ESPÍRITU SANTO ES EL ALMA DE LA IGLESIA 66

IX. EL DON DEL PADRE 68

X. NO HAY PENTECOSTÉS SIN LA VIRGEN MARÍA 72

XI. EL NUEVO SINAÍ 74

XII. LA VOZ DE DIOS DIVINIZA EL LENGUAJE HUMANO 77

XIII. EL FUEGO TRANSFORMADOR DEL ESPÍRITU SANTO 79

ÍNDICE 82